

26

SETEMBRE 2006 SEPTIEMBRE

CUADERNOS DE ESTUDIO Y CULTURA

ACEC

**Associació Col·legial d'Escriptors
de Catalunya / Asociación Colegial
de Escritores de Cataluña**

Ateneu Barcelonès, Canuda 6, 5º piso
08002 Barcelona
Tel. +34 933 188 748 / Fax +34 933 027 818
secretaria@acec-web.org
www.acec-web.org

JUNTA DIRECTIVA**Presidenta**

MONTSERRAT CONILL

Vicepresidenta

PILAR GÓMEZ-BEDATE

Secretari General / Secretario General

JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN

Tresorer / Tesorero

DANTE BERTINI

Vocals / Vocales

AGNÈS AGBOTON

CARME CAMPS

MAYTE GIMÉNEZ

JOSÉ MARIA MICÓ

ANNE HÉLÈNE SUÁREZ

ANTONIO TELLO

Comissió publicacions**Comisión publicaciones**

DANTE BERTINI

MAYTE GIMÉNEZ

JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN

JOSÉ MARIA MICÓ

Cuadernos de Estudio y Cultura

Número 26 - Primera edición:

Septiembre 2006

© Edició / Edición Cuadernos:

ACEC

© Textos:

PETER BERGSMÁ

JEAN-BOSCO BOTSHO

DANIEL FERNÁNDEZ

JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN

MANUEL SERRAT CRESPO

BENARD VALERO

Il·lustració de portada i disseny publicació /

Ilustración de portada y diseño publicación:

© bertini + chapuis

© Fotografies / Fotografías:

CARME ESTEVE

Patrocina:

CEDRO

Col·labora / Colabora:

Generalitat de Catalunya

Institució de les Lletres Catalanes

ISSN: 1885-0669

Depósito legal: B-40.295-2006

Tirada: 1.000 ejemplares

Impresión: Policrom. Barcelona

Tots els drets reservats. Per a la reproducció total o parcial dels textos és preceptiva l'autorització expressa dels propietaris dels copyrights. / Todos los derechos reservados. Para la reproducción total o parcial de los textos es preceptiva la autorización expresa de los propietarios de los copyrights.

Manuel Serrat Crespo

Homenatge / Homenaje

ACEC

ASSOCIACIÓ COL·LEGIAL
D'ESCRITORS DE CATALUNYA

ASOCIACIÓN COLEGIAL DE
ESCRITORES DE CATALUÑA

Sumari / Sumario

Ponències / Ponencias

Un líder del asociacionismo europeo PETER BERGSMA	13
Balbuceo en honor de un mestizador-orfebre JEAN-BOSCO BOTSHO	23
Jubileo, no jubilación DANIEL FERNÁNDEZ	35
Los cantos de Maruyme Ducasse Crespo JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN	45
<i>To be or not to be</i> afrancesado BERNARD VALERO	55

Textos de Manuel Serrat Crespo

Agradecimiento	63
«El color del viento» (inérito, acompañado de <i>Maruyme</i> , tinta china original de Naoko Nakamoto)	69
Traducción de Lautréamont, <i>Los cantos de Maldoror</i> , Canto Cuarto (fragmento)	77
Del «Síndrome K» al «Complejo K» (notas para una psicopatología de la traducción literaria) ..	83

Annex / Anexo

Notas bibliográficas	95
----------------------------	----

L'homenatge a Manuel Serrat Crespo (Barcelona, 1942) organitzat per l'ACEC –les ponències del qual es recullen en el present número de CUADERNOS DE ESTUDIO Y CULTURA– es va celebrar al Col·legi de Periodistes de Catalunya el 13 d'octubre de 2005.

El homenaje a Manuel Serrat Crespo (Barcelona, 1942) organizado por la ACEC –las ponencias del cual se recogen en el presente número de CUADERNOS DE ESTUDIO Y CULTURA– se celebró en el Col·legi de Periodistes de Catalunya el 13 de octubre de 2005.

Ponències

Ponencias

PETER BERGSMA

Un líder del asociacionismo europeo



PETER BERGSMA

(Amsterdam, 1952). Es Director de la «Casa del Traductor» en Amsterdam y traductor literario al neerlandés. Entre sus autores traducidos destacan: J.M. Coetzee, Vladimir Nabokov, Thomas Pynchon y Malcolm Lowrie. De 1996 a 2000 fue presidente del Consejo Europeo de Asociaciones de Traductores Literarios y en la actualidad preside RECIT, la organización europea de «casas del traductor».

Es un gran privilegio y un placer mayor aún, para mí, poder dirigirles unas palabras en honor de mi amigo y colega Manuel Serrat Crespo, el hombre que traduce más de lo que el propio Eterno podría leer.

Nuestro primer encuentro tuvo lugar en el Europäisches Übersetzer-Kollegium de Straelen, la casa de los traductores que, para citar al escritor Heinrich Böll, está situada a medio camino entre Lisboa y Helsinki, en la encrucijada de Holanda y Alemania. Fue en 1988, es decir que hace casi veinte años, y habíamos acudido allí para una reunión del CEATL, el Consejo Europeo de Asociaciones de Traductores Literarios que estaba, por aquel entonces, en sus primeros balbuceos. Nuestra misión, durante aquel fin de semana, era dar los últimos retoques a sus estatutos.

La primera impresión que Manuel me produjo cuando hizo su entrada en el Europäisches Übersetzer-Kollegium está grabada para siempre en mi memoria: un hombre rechoncho, tocado con un sombrero a la Baden Powell, con los largos cabellos escapando como un abanico del tocado y una tupida barba negra en la que se mezclaban algunos pelos grises. Detrás de sus gafas –a mi

entender, las mismas que lleva hoy aún, o un modelo muy semejante— se ocultaban dos ojos donde la malicia se mezclaba con el humor y la vivacidad. Y luego, su voz cuando se presentó: una voz grave y estentórea, como la de Zeus tonante.

El encuentro en la casa de los traductores de Straelen marcó el inicio de una amistad que hoy dura todavía. De Oslo a Valencia, de Weimar a Madrid, nos hemos encontrado en todas partes. De modo que si debo hablar sobre el papel de Manuel Serrat en el seno del «asociacionismo europeo», como Montse Conill me ha pedido, no lo haré sólo como antiguo miembro y presidente del CEATL sino, también, como un amigo. Hemos hablado de nuestro oficio y del estatuto social del traductor durante las reuniones en las ciudades ya citadas, es cierto, pero también en el salón del carrer París (esquina Muntaner, como digo yo siempre, en mi mejor español, al taxista) y en Riu, en la casa de campo de Manuel, en pleno Pirineo, muy a menudo saboreando una copa o degustando las succulentas comidas que nos cocinaba su mujer Agnès. A la sombra de muchos hombres que reciben homenajes, vive una mujer que merece, por lo menos, la mitad de este homenaje, y ése es sin duda el caso de Agnès Agboton. Por lo demás, y para ser políticamente correcto, me apresuro a decir que lo mismo ocurre con las mujeres que reciben homenajes.

Desde que Manuel no tiene ya funciones en el CEATL, es decir aproximadamente desde el año 2000, cierto número de cambios que iban preparándose se han llevado a cabo a un ritmo acelerado. Puedo dar testimonio de ello, no sólo porque leo el periódico y miro la televisión cada día, sino también porque desempeño todavía un modesto papel, en el plano europeo como director de la Casa de los Traductores de Amsterdam y como presidente de RECIT, la organización europea de las casas del traductor. El pri-

mer cambio al que yo aludía se refiere a la solidaridad y al recíproco compromiso de los miembros de la Unión Europea. Mientras en el año 2000, Francia y los Países Bajos, dos países fundadores de la Unión Europea, apoyaban aún mayoritariamente el proyecto europeo, estos dos mismos Estados han rechazado en masa el tratado constitucional en la primavera de 2005. Lo que resulta interesante, pero también grave a mi modo de ver, es que ambos países votaron no en el referéndum por razones distintas. Francia opuso su negativa porque la Europa social, mediterránea, antiatlantista y antimundialista, donde Charles de Gaulle, Valéry Giscard d'Estaing y François Mitterrand predominaban, de perfecto acuerdo con los distintos cancilleres de la República Federal de Alemania, cede cada vez más terreno ante el modelo neoliberal, anglosajón, atlantista y mundialista de Tony Blair, en el que la política social y las subvenciones agrícolas han perdido, como mínimo, su evidencia. En cambio, los Países Bajos votaron en contra, sobre todo, porque las medidas económicas en estos dos campos son insuficientes, de modo que la contribución neerlandesa por habitante al presupuesto europeo, que les parecía ya exorbitante, aumentará aún considerablemente tras la actual ampliación. Me perdonarán ustedes que haya presentado aquí un análisis algo reductor de estas dos posiciones pero, en resumidas cuentas, eso supone decir que Francia rechazó la constitución europea por motivos mediterráneos y los Países Bajos por razones anglosajonas.

En el seno del CEATL, el modelo mediterráneo está también en trance de fracasar ante el modelo anglosajón, al menos en un punto, el de la lengua vehicular. Aunque la asociación tenga aún, oficialmente, dos lenguas de trabajo –el francés y el inglés– hasta los últimos años solíamos utilizar el francés, por lo general, durante las reuniones y en nuestra correspondencia electrónica. Ahora, al

menos si lo he comprendido bien pues, como ya he dicho, en la actualidad observo el CEATL de lejos, el inglés prevalece. Y puedo asegurarles que eso supone, para Manuel, una verdadera pesadilla.

Señoras y señores, Manuel Serrat Crespo es, casi, la personificación del modelo mediterráneo, un adversario declarado de su vertiente anglosajona y atlantista. Mientras su francés supera al de numerosos francófonos de nacimiento, su inglés se limitaba, hace muy poco tiempo, sólo a dos frases: *My taylor is rich* y *Open the window*. He dicho, y he dicho bien: «Hace poco tiempo aún», puesto que durante el verano de 2004 aprendió otra frase: *An apple a day, keeps the doctor away*. Por otra parte, desde el punto de vista cultural, Manuel no tiene tampoco una gran opinión de los anglosajones cuya cultura ha sido, según él, «macdonalizada». Y precisamente, señoras y señores, Manuel no tiene en mucha estima a los americanos y su cultura... ¡Y mucho menos a su neoliberalismo!

Volvamos ahora al papel de Manuel Serrat en el seno del CEATL, donde fue prácticamente desde el comienzo el representante de la ACEC. Como antiguo presidente, puedo asegurarles que no era siempre fácil contenerlo durante las reuniones, cuando encontraba materia para enojarse. Y era bastante frecuente, tanto si se trataba de una opinión que no podía complacerle con respecto al asunto Rushdie como si era la sugerencia de un colega para quien la traducción literaria debía convertirse en una profesión que gozara de protección legal y estuviera sometida a exigencias específicas en materia de formación, como el oficio del médico o del abogado. En efecto, a este respecto Manuel es también un adepto a lo que, para mayor comodidad, yo sigo llamando el modelo mediterráneo: considera al traductor literario como un

artista, mientras el anglosajón se inclina claramente por ver en él a un artesano, si puedo permitirme las generalizaciones.

Todo lo precedente tal vez pueda hacerles pensar que el asociacionismo europeo ha emprendido un camino totalmente distinto desde que Manuel Serrat Crespo ha trocado su afiliación al CEATL por su status de *miembro de honor*. Nada es menos cierto. Por mucho que cambie la lengua vehicular, los objetivos no varían. El CEATL sigue defendiendo aquello por lo que Manuel Serrat ha luchado siempre y por lo que sigue luchando hoy, es decir para que la profesión de traductor literario sea reconocida como una profesión de pleno derecho y para que los traductores literarios estén, pues, en condiciones de ganarse la subsistencia gracias a su trabajo y en condiciones aceptables.

En cambio, la comisión europea parece haber tomado, sí, otro camino. El lugar especial que se concedía aún a la literatura traducida en el programa Cultura 2000, en forma de apoyo a las casas del traductor y de subvenciones a las traducciones de libros, corre el riesgo de desaparecer en el nuevo programa cultural que se iniciará en 2007. Y, aunque Bruselas afirma que el presupuesto cultural global de Europa aumentará, de modo que los traductores literarios no se encontrarán con las manos vacías, se corre el riesgo de olvidar que en esta Europa plurilingüe los traductores literarios son indispensables para la recíproca comprensión cultural de los países europeos. Antaño, Bruselas tenía conciencia de ello, como demuestra la creación del CEATL cuyo objeto era, especialmente, proporcionar a las instancias culturales de Bruselas un interlocutor europeo oficial, que se expresara en nombre de los traductores, como éstas deseaban. Sin embargo, y que yo sepa, ese interlocutor no ha sido consultado, prácticamente, para el nuevo programa cultural 2007. Por eso necesitaremos, y mucho, perso-

nas del tipo de Manuel Serrat que velen para que nosotros, los «Pulgarcitos», podamos hacer oír una voz tonante que no sea ahogada por el rugido de los ogros culturales con quienes debemos rivalizar.

Señoras y señores, en numerosos países la posición del traductor literario se encuentra actualmente bajo presión, como en España saben muy bien. En su conjunto, las tarifas de traducción no han seguido el ritmo del aumento del coste de vida debido a la entrada del euro. Por añadidura, la creciente concentración de editoriales literarias en el seno de poderosos grupos no fortalece, evidentemente, la posición de los traductores literarios durante las negociaciones. Para colmo de desdichas, la legislación europea anticártel impide la conclusión de acuerdos tarifarios con los editores. Si esta evolución prosigue, tiene dos consecuencias posibles: o el número de libros traducidos disminuirá dramáticamente o la calidad de la mayoría de las traducciones caerá de modo catastrófico pues, si son infrapagados, los traductores se verán obligados a consagrar a su tarea menos tiempo y atención.

En primer lugar, a los gobiernos nacionales les incumbe invertir esta tendencia apoyando a los traductores individuales, a los editores y a las casas del traductor. Sin embargo, a este respecto, Europa tiene también que asumir una importante tarea: en un clima donde el populismo y el nacionalismo amenazan bastante a menudo con prevalecer sobre la idea de Europa, será crucial insuflarle nueva vida. Como he dicho ya, los traductores literarios tienen que desempeñar un papel fundamental en este dominio: gracias a ellos, los autores europeos están en condiciones de aportar su cooperación a esta idea de Europa, y la diversidad de la literatura puede engendrar una mayor tolerancia recíproca. Muchos escritores europeos, desde Daniel Pennac –y no lo nombro por

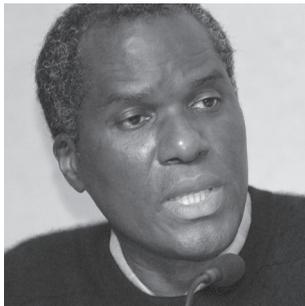
casualidad en primer lugar, pues es un autor traducido por Manuel y también uno de sus grandes amigos– hasta J.K. Rowling, y de Eduardo Mendoza a Cees Nootboom, pueblan los foros de Europa. ¿Serían invitados también si sus libros no fueran traducidos a las lenguas de estos foros? Tengo en casa una foto de dos muchachos que tienen en sus manos el mismo libro de Harry Potter. Uno de ellos es mi hijo, con la versión holandesa, y el otro un amigo español, con la versión castellana. El hecho de leer el mismo libro les dio la posibilidad de discutirlo. Por lo demás, la verdad me obliga a decir que esas conversaciones no se realizaban en neerlandés ni en catalán o castellano, sino en inglés. El verano pasado, numerosos alemanes y neerlandeses que pasaban unos días en un cámping de la Costa Brava pudieron discutir, ciertamente, sobre el mismo libro de Carlos Ruiz Zafón, que cada uno de ellos leía en su propia lengua. Tal vez no esté citando aquí las obras más «literarias», pero demuestran perfectamente que el papel internacional del libro, y por lo tanto el del traductor, está muy lejos de haber terminado.

Soy perfectamente consciente de que estoy hablando aquí a convencidos y que no debo seguir explicándoles la importancia de los traductores literarios. Pero la parroquia es tan pequeña que «el asociacionismo europeo» reviste una importancia capital. Es indispensable que los traductores se manifiesten con seguridad y exijan que se reconozca el valor de su papel cultural. Y si existe alguien que se ha manifestado siempre con seguridad, éste es Manuel Serrat Crespo. Quien le haya oído defender la causa de los traductores no lo olvidará nunca. Sus argumentos resuenan todavía en los oídos de numerosos dignatarios europeos. Por hipérbole, podemos afirmar que Manuel Serrat ha sido el Nikita Krushev del sector europeo de la traducción, que no vacilaba en apoyar sus afirmaciones aporreando el pupitre con su zapato.

Señoras y señores, permítanme que concluya con una nota más personal. En el memorable encuentro en la encrucijada de Holanda y Alemania que he evocado al comienzo de mi intervención, estaba también un colega suizo con quien Manuel y yo entablamos una muy larga amistad. Este amigo, Gilbert Musy, a quien Manuel llamaba el «helvético» del mismo modo que a mí me apoda el «batavo», habría venido sin duda a esta ceremonia y habría tomado la palabra, si no hubiera muerto hace seis años. Esta noche rindo también homenaje en su nombre a Manuel. Y estoy seguro de que en este instante, si yo no hubiera dicho que este honor corresponde también a la mujer de Manuel, Agnès, la perla del Benín, que tan querida se me ha hecho al hilo de los años, un gentleman como Gilbert me lo habría susurrado al oído.

JEAN-BOSCO BOTSHO

Baluceo en honor de un mestizador-orfebre



JEAN BOSCO BOTSHO

(Mbandaka, República del Congo, 1955). Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Católica de Lovaina y doctor en Derecho por la Universidad Robert Schuman de Estrasburgo. Reside en Barcelona donde trabaja en el Centre Unesco de Catalunya. Es presidente de Africat (Associació Africana i Catalana de Cooperació) y miembro del Centre d'Estudis Internacionals i Interculturals (CEII), área África negra, de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Ante todo, agradezco a ACEC el honor de invitarme a participar, con tan ilustres ponentes, al homenaje a nuestro común amigo Manuel Serrat Crespo.

Como africano, considero la ceremonia que nos reúne como un acto sagrado, salvador y, por lo tanto, necesario. Acto sagrado, salvador, como un deber de expresión de la gratitud del hermano pequeño hacia el hermano mayor; homenaje del hijo, pródigo a menudo, al padre, siempre acogedor; elogio del discípulo al maestro. Y dado que la persona que hoy celebramos es un excelente autor, me abstengo de calificar mi intervención de «discurso»: vean en ella, sólo, un «balbuceo» porque sé que son únicamente las palabras del maestro, y en especial cuando se trata de un acróbata de la escritura de la especie de Serrat Crespo, las que merecen ser llamadas «discurso», dado que a través de estas mismas palabras es el Verbo, el Logos lo que se expresa.

Serrat Crespo es, tal vez más que yo mismo, un africano, un africano de color blanco. Como tal sabe que la dimensión más significativa de nuestros ritos reside en lo invisible. Por eso estoy seguro de que me considera sólo el portavoz de tantos seres ausentes para nuestros ojos, aunque altamente presentes para

nuestro espíritu. Pienso, en particular, en las hijas e hijos de África, vivos o muertos, que al revés que nuestros antepasados, que vivían en un mundo cerrado, estuvieron o están todavía sumergidos en un mundo marcado por la alteridad, la cohabitación con el otro. Estos africanos y africanas son mucho más portadores de incertidumbres, de preguntas y están mucho más desprovistos de respuestas eternamente seguras. Para muchas de las nuevas generaciones del continente negro, Serrat Crespo es el arquetipo de tantos de nuestros maestros-mestizadores, de tantos escritores, «pontífice» entre África y Europa, a quien debemos el espíritu de artesano de la «ciudadela humana» que nos anima. Al mismo tiempo, esas mismas generaciones confiesan que una fidelidad más rigurosa a esta larga lista de maestros nos habría evitado, a menudo, amargos caminos, experiencias desagradables...

¿Qué lección recuerdo de Serrat Crespo? La lección fundamental aprendida en la escuela de Serrat Crespo es el carácter imprescindible de la unidad, la reconciliación entre polos distintos, contradictorios incluso, como condición para el nacimiento, el renacimiento de África y su capacidad para afrontar los retos del mundo moderno. A mi entender, el binomio en cuyo seno Serrat Crespo preconiza a los africanos la reconciliación es el África, el negro, por una parte y Europa, el blanco, por la otra.

Y, signo eminente de un maestro muy deseoso de que los discípulos no sólo hagan lo que dice sino también lo que hace, el autor-mestizador Serrat Crespo quiere ser, también, hombre-mestizador en la vida cotidiana. En este sentido, la familia tricolor que forma con Agnès Agboton constituye, para nosotros, una prueba no sólo de la solidez de la enseñanza del maestro sino también del valor moral del propio maestro. De hecho, por eso Serrat Crespo nos

muestra que es un excelente maestro, porque siempre ha seguido siendo un alumno de su propia enseñanza, es decir, ha sido capaz de imponerse a sí mismo las reglas que enseña y de aplicarlas en su vida cotidiana.

Pero creo que, para comprender el alcance de la lección de reconciliación de los contrarios en la enseñanza de Serrat Crespo, es preciso saber que el binomio Europa-África representa, en su pensamiento, sólo el símbolo de tantas otras entidades de carácter real o aparentemente opuesto, sin cuya reconciliación no puede imaginarse futuro alguno para el continente africano. Se trata, por ejemplo, de los siguientes binomios: tradición-modernidad, mujer-hombre, ciudad-pueblo, estado-nación, ricos-pobres, adulto-niño, etcétera.

Este hincapié en la unidad de los contrarios muestra que Serrat Crespo no es maestro de una enseñanza, de una formación cualquiera: se trata de un maestro en Iniciación. De hecho, la iniciación bien entendida no es una cuestión de vida y muerte: vida y muerte de entidades, de realidades, de pasiones contrarias, de enemigos. La iniciación es cuestión de vida para todos, es decir de reconciliación, de unidad de las cosas que en realidad, en su esencia profunda son Uno y que sólo diferenciamos a causa de nuestro desconocimiento de su naturaleza profunda. La iniciación es reconocer la identidad de los contrarios, reconocer que el «blanco» participa de la misma naturaleza que el «negro», que la «noche» y el «día» son Uno, que la «vida» y la «muerte» están entrelazadas. En pocas palabras, la iniciación es el aprendizaje de la necesidad salvadora del otro.

Esta lección de la necesidad de la unidad muestra que Serrat Crespo concibe la historia de África como un dramaturgo. ¿Acaso una de las reglas de oro del arte dramático no consiste, de hecho, en la regla de la unidad? Unidad de acción, unidad de

lugares, unidad de tiempo. Pero, tratándose de la condición africana, a esta triple dimensión de la unidad añade Serrat Crespo otra que, a mi entender, es más determinante que las tres primeras: la unidad del sujeto africano.

En efecto, buen conocedor de África, nuestro autor sabe que la contradicción entre el mundo occidental y el africano que le interesa no se refiere sólo a una contradicción externa. Se trata también, y sobre todo, de una contradicción interna en la mayoría de los africanos. La reconciliación que debe operarse no concierne, en primer lugar, a África y a Europa como continentes geográfica y culturalmente distintos. La reconciliación de la que se trata ha de realizarse, en primer lugar, en el seno de la mayoría de los africanos, si no en todos ellos. Porque muchos africanos son un conjunto de dos mundos, el africano y el europeo. En este sentido, una de las características y expresiones de la crisis de África es el resultado de las tensiones internas entre las dos dimensiones de la misma personalidad.

Al fijar su atención en la unidad de la personalidad africana, oscilando entre el blanco y el negro, el africano y el europeo, el dramaturgo Serrat Crespo consume la regla de la unidad dramática y se convierte en visionario. Un visionario porque entiende que los primeros artesanos de la promoción de África son los propios africanos a quienes debe formarse moral, intelectual y espiritualmente. La aceptación de la doble naturaleza que llevan en su interior constituye uno de los retos esenciales de esa misma formación.

El malestar del africano, la crisis en la que está sumergido en su dificultad para reconciliar el occidental y el meridional que en él viven conduce a diversas actitudes perjudiciales, entre las que señalaré las siguientes: primera, el miedo o el rechazo de la cultura occidental, especialmente de sus lenguas como instrumentos

de expresión. Me fijaré particularmente en la cuestión del francés en África; segunda, la deificación de las tradiciones africanas; tercera, la generalización de la demonización del «blanco». Veremos como la obra y la vida de Serrat Crespo ofrecen al africano, especialmente al francófono, antídotos para escapar de la sirena de las tres actitudes citadas.

EL FRANCÉS EN ÁFRICA: ¿SÓLO «LENGUA DEL COLONIZADOR»?

A menudo, en África reina una fobia con respecto a la «cultura occidental» entendida y «reducida» a la «cultura del colonizador», «al mundo de los vencedores». En muchos casos, se trata de reaccionar contra el complejo de superioridad que rige el modo como los europeos miran el universo africano. En el relato de su viaje iniciático a África, Serrat Crespo nos ofrece una elocuente ilustración de este desprecio y este desconocimiento del otro cuando describe «el mundo romo y cerrado» en el que viven los «expatriados».

Estamos pues en un clima de tensión, tensión en la que el desprecio, si no de todos los europeos sí al menos de una significativa proporción de ellos, algunos africanos (¡y no todos!) reaccionan con el «miedo» o con el «rechazo» de la «cultura occidental». Este contexto de tensión constituye el telón de fondo de una de las exhortaciones al «regreso» a las lenguas africanas y al «abandono» de las lenguas occidentales y, en particular, en el África francófona, el desprendimiento con respecto al francés, calificado de «lengua del colonizador».

Es innegable que en el África de hoy el francés se ha convertido en una realidad inevitable desde numerosísimos puntos de vista, inexpugnable. Por lo tanto, uno de los retos urgentes y

esenciales del África de la que estamos hablando reside en su capacidad para responder positivamente a la siguiente pregunta: ¿podemos apropiarnos del francés? Es decir: ¿podemos convertir el francés en una lengua susceptible de expresar la originalidad, la especificidad del mundo africano? Y, en caso afirmativo, ¿cómo podemos hacerlo?

Se trata de una misión difícil en cuya realización Serrat Crespo aparece como uno de nuestros hitos, una de nuestras fuentes de inspiración. En efecto, como autor y traductor, Serrat Crespo nos enseña que la escritura practicada tanto por el autor como por el traductor no se asimila en absoluto a la reproducción de palabras o a la traducción «literal» de un texto. La escritura, tanto la del autor como la del traductor, se asimila a la orfebrería porque es un arte de creación y recreación de un mundo. En este sentido, la contribución del autor francófono africano al francés como lengua está en función de su capacidad para aprovechar toda la belleza de la lengua de Voltaire y utilizarla para aproximar a los no africanos a la densidad del universo africano. Por eso, para el escritor africano, el riguroso dominio de la lengua francesa debe estar acompañado por una estricta fidelidad a sus raíces. En esta exigencia de la escritura como comunión con la identidad propia más profunda, más íntima, la lección del autor y traductor Serrat Crespo al escritor francófono africano se convierte en un curso de mayéutica socrática, destinada a lograr que el africano se dé a luz a sí mismo.

¿LA CULTURA AFRICANA, PANACEA UNIVERSAL?

Otra reacción ante el imperialismo cultural, del que es o ha sido víctima el africano, es verse tentado por la proclamación de la

superioridad de su propia cultura. Respuesta pueril, la oposición insensata del imperialismo «negro» al imperialismo «blanco». He aquí al africano subyugado por un «delirio de grandeza», que puede desembocar en un «delirio a secas».

Nosotros, los que hemos decidido ponernos bajo la protección del maestro Serrat Crespo, descubrimos que en su escuela se aprende a evitar la hipertrofia de nosotros mismos. Por diversos caminos. Como anticonformista, Serrat Crespo tiene la audacia de criticar su propia cultura, el sistema capitalista, y de mostrarnos sus límites, imperfecciones e injusticias. De este modo, prevé, desactiva en nosotros la tentación de la defensa por medio del subterfugio del narcisismo. Serrat Crespo enseña también al africano el peligro del *ubris*, porque uno de sus principios es abstenerse, él mismo, de la tendencia bastante extendida entre algunos europeos, por desgracia, que consiste en considerar la cultura africana como el mundo del «buen salvaje», el Edén perdido sin cuya recuperación no podría existir «salvación» alguna para Occidente.

También Serrat Crespo nos invita, a europeos y africanos, a despertar del sueño del África mítica para conocer el África de verdad. No el África folklórica y mercantil, no el África de los etnólogos, sino el África que sólo podremos entender si aceptamos hacer nuestra la actitud de humildad requerida al entrar en el bosque de la iniciación.

¿EL «BLANCO», UN DEMONIO?

A menudo, como presidente de AFRICAT, me pregunto: ¿qué harían algunos africanos si no existiera ningún «blanco» para llevar el fardo de la responsabilidad de las desgracias

africanas? En efecto, entre estos africanos prevalece la convicción de que existiría una «culpa» con respecto al África, de la que serían responsables todos los blancos. La misma culpa nos ofrecería el derecho a vengarnos de los «blancos», para hacerles pagar «lo que nos hicieron sufrir». Y si pudiéramos hacerlo *ad vitam aeternam*, mejor aún. Es una creencia que, además de conducir a meter a «todos los blancos en el mismo saco», ofrece una coartada perfecta para escapar de la propia responsabilidad.

¿Cómo abandonar este callejón sin salida? El recurso a Serrat Crespo puede revelarse muy útil. Me limitaré a describir, aquí, una de las estrategias aprendidas en mi relación con el amigo al que hoy celebramos. Se trata del uso de un tesoro común al espíritu africano y al arte cómico: la «autoirrisión» (reírse de uno mismo). Nuestro amigo reconcilia, en especial, al africano consigo mismo porque nos enseña a visualizar, para reírse de ellas, las caricaturas, las contradicciones en las que, en vez de «crucificar» al europeo por venganza, nos «crucificamos» a nosotros mismos. Reírse de uno mismo para poder adoptar una visión equilibrada de las responsabilidades de cada uno de los actores de la condición africana. Serrat Crespo nos ofrece un modelo de esta invitación a la «autoirrisión» por medio de la descripción, sabrosa y picante, que hace en su viaje iniciático al África del africano que, por «venganza», va vestido en una calle de Abidján, bajo la tórrida temperatura de África, como si fuera un «blanco» dispuesto a afrontar el frío de París o Londres.

Autor, traductor, dramaturgo, «negro», «blanco». Así es Serrat Crespo. Para mis ojos de africano, como ser-puente, la función esencial de nuestro amigo es la del médium, heraldo y

celador del mundo invisible. Dada que ésta es su naturaleza profunda, estoy convencido de que a través de mi modesta persona Serrat Crespo ha visto al africano por excelencia, Sebastien Agboton, Maroya, que ha venido a decirle en gun: «¡Felicidades y gracias, Manuel!».

DANIEL FERNÁNDEZ

Jubileo, no jubilación



DANIEL FERNÁNDEZ

(Barcelona, 1961). Licenciado en Filología Hispánica y diplomado en Administración de Empresas, ejerció como profesor de literatura en la Universidad de Barcelona. Ha dirigido las revistas *Saber* (1985-86) y *L'Avenç* (1987-99). De 1993 a 1995 fue director literario del grupo editorial Grijalbo-Mondadori. En la actualidad es editor y director general de Edhasa.

No está en mi naturaleza ser breve, pero vamos a intentarlo para que la sesión no se alargue demasiado. Imagino que algunos traductores pensarán que invitar a un editor a que hable de un traductor es algo así como si se invitara al lobo a hablar de las ovejas. Yo creo que es algo más extraño, más complicado... Los traductores trabajan por horas (hace muchos años también yo me dediqué a este oficio) y lo de hoy es, casi, como invitar a un proxeneta a que hable de una de sus pupilas favoritas... Pupila que, además, es experta en francés, con lo cual la escatología está totalmente servida.

Sin embargo, claro, Manuel es Manuel. Y, Manuel Serrat es una grandísima persona. Y polifacético, lo que explica que esta mesa acoja a tantos ponentes, y que a mí me haya tocado hablar de su faceta como traductor... aunque de alguna otra cosa también podríamos hablar. Pero digamos, ante todo, que la traducción es, creo, la más continuada de sus profesiones, la más alimenticia –aunque ese haya sido un alimento relativo también–, la que le ha proporcionado honores y medallas, contribuyendo a que sea *Chevalier, Officier* y no sé cuántas cosas más.

Ignoro, sin embargo, si en algún momento de su vida fue una vocación, porque Manuel empezó estudiando derecho para acabar ejerciendo una profesión en la que se permanece todo el tiempo

sentado. ¡Perdonen ese chiste fácil y tonto! No llegó a letrado pero sí tenía cierta querencia a las tablas y a la tarima, pues poco tiempo después intentó ser actor. Más tarde hizo un viaje a lo *hippy*, lo único que se podía ser en aquella época de la España gris. Era un momento de su vida radicalmente distinto y, a fin de cuentas, él sabrá si quiere contarles por qué se fue a Costa de Marfil, ¡a enseñar español!... Algo que resulta para mí un poco raro y un poco peregrino. Y mientras en España se desarrollaba la transición política, me parece que Manuel estuvo viviendo su propia transición personal y tuvo una especie de iluminación africana.

Pues bien, al regresar había que encontrarse un oficio y, la verdad, tampoco vamos a edulcorar eso de referirnos a iluminaciones y vocaciones. Además sé yo, por boca del propio Manuel, algunos detalles... Y, siendo hoy un día de fiesta y de homenaje, se trata de decirle que es estupendo, que es maravilloso –y lo es– pero podemos permitirnos el lujo, también, de avergonzarle un poco. Digamos entonces algunas cosillas: Creo que empezó su andadura profesional en la vieja Editorial Bruguera, con Jordi Gubern, que le encargaba textos para las contraportadas de libros que unas veces habría leído, otras no y otras sólo habría hojeado. O sea, empezaba la formación de traductor. ¡Eso era evidente! Un poquito más adelante le encargaron una traducción de verdad. Que yo creo –desmíenteme si no es así– que fue *Sin novedad en el frente*. O sea que le mandan a la guerra sin ningún tipo de paliativos. Con lo cual se nos estrena traduciendo de una lengua no habitual y con el auxilio –mucho me temo– de alguna traducción francesa y de la espléndida versión catalana de Andreu Nin, ¡cosas de aquellos tiempos! Estaba convirtiéndose pues en un traductor profesional y, un poco más adelante, empieza a traducir de verdad y no se detendrá hasta llegar a ser – fuera de bromas ya– el gran, gran traductor

que es hoy. Hace mucho, mucho tiempo que lo conozco y, en esa especie de *laudatio*, inevitable, me limitaré a recordar que Manuel es un gran traductor. Es un gran traductor, además, porque nunca se nota mucho su mano de traductor.

Bueno, servidor puede leer en francés. Es una de las lenguas que domina, ¡con perdón! Cierta vez, en una conversación que Manuel no recordará, me preguntó: ¿Cuál es tu palabra francesa favorita? Entonces yo recordé a mi profesora de francés, que era la señorita Brigitte. Nunca he sido capaz de pronunciarlo, porque ella hacía sonar una especie de campanilla al final de aquel «Brigitte», algo que nunca he sabido repetir. Recuerdo muy bien, sin embargo, que cuando yo era un niño de diez u once años, aquella señorita (que era la única de mi colegio que no se ponía medias en verano, lo que nos excitaba de mala manera), aquella señorita nos preguntó: «¿Qué es el *froufrou*?». Yo, entonces, lo definí, poco más o menos, como «el ruido que hacen las faldas de las mujeres cuando rozan sus piernas al caminar». Ella me dijo: *pas mal*, lo cual quiere decir que coló. Y pensé: «esto del francés es la civilización, porque si tiene una palabra para ese tipo de ruidos, digamos que es algo que no está nada mal». ¡Pero disculpen la anécdota y volvamos a Manuel. Lo cierto es que no se advierte que es un traductor, su lengua es siempre fácil.

Cuando se habla de los tópicos sobre la traducción literaria siempre se mencionan dos: el manido *traduttore, traditore*, es decir que el traductor es un traidor, y otro que –disculpen ustedes, vamos a seguir por el camino de lo políticamente incorrecto pues es ya el colmo del machismo– afirma que las traducciones son como las señoras: las guapas son infieles y las feas son fieles. Él, siempre ha estado (y perdona Agnès) rodeado de mujeres guapas. Es una de las manías que ha tenido a lo largo de su vida. Y es ver-

dad, también, que siempre ha hecho traducciones hermosas. Y con eso quiero decir precisamente que es un traductor cuidadoso, documentado, que entrega a tiempo o con retrasos aceptables –cosa absolutamente increíble en la profesión– que, además, pese a ser un sindicalista del oficio y estar muy bregado en la defensa de los derechos profesionales, algo que siempre ha hecho, al menos, en nuestra relación, también ha sabido adaptarse a los tiempos, a los momentos, a las editoriales distintas e, incluso, a los distintos baremos desmintiendo, en verdad, aquello de que todo el mundo tiene un precio. Manuel Serrat mismo tiene varios. Lo que ocurre es que, con los años, ha podido elegir, ha podido situarse y se ha convertido para mí, e insisto, en el mejor traductor de lengua francesa que hay hoy en España. Lo digo tal cual y sin ambages pese a algunas infidelidades que, a veces, uno le descubre. Y son justamente las infidelidades lo que a mí me gusta más. ¡Son sin duda lo mejor! En esos momentos críticos en los que el traductor se atasca y la cosa ya suena a «otro idioma», Manuel lo solventa siempre...; luego podrá desmentirlo si quiere y tenemos tiempo para un pequeño coloquio. Pero tengo para mí, y hablo de hace veintitantos años, de la época en la que hice algunas traducciones, que llega un momento en el que un traductor siempre tiene que elegir entre traducir el sentido, la intención, o traducir la forma. Y creo que Manuel Serrat elige siempre el sentido, la intención, consiguiendo, a menudo, formas muy similares a las del original.

Las traducciones de Manuel que más me gustan son, probablemente, las inevitables. Pennac, claro está, también Le Clézio y es imposible no mencionan *Los Cantos de Maldoror*. Citaremos también a Robert Margerit, que es un magnífico clásico recientemente publicado por Edhasa, que no ha tenido las ventas adecuadas (esta es la morcilla publicitaria que en algún momento hay que soltar) y

que es uno de los muchos libros que hemos hecho, juntos, él y yo. Los aciertos son suyos y las erratas, a menudo, mías. Y habrá que agradecer pues a Jordi Gubern, de la antigua Bruguera, al editor Mateu y a su hija Montse Mateu, prima de Manuel, que le iniciaran en este mundo y que, así, le permitieran estar hoy aquí.

De todos modos, voy a decirles que ha acabado convirtiéndose en algo absolutamente maravilloso que, imagino, debe de ser el colmo para un traductor: Manuel se ha convertido en un personaje literario de uno de los autores a los que traduce.

Y para no traicionar al autor en cuestión, Daniel Pennac, que es hoy su amigo, me he traído la versión catalana del libro al que me refiero, *Le dictateur et le hamac*, en la traducción de Anna Casasses; porque la versión castellana es de Manuel. Aparece aquí un personaje... Bueno, les ahorraré el texto previo para pasar directamente al párrafo en el que aparece un transfigurado Manuel Serrat:

...Per culpa d'una frase pronunciada per un altre Manuel: Manuel Callado Crespo, el cap dels interprets, lletraferit i sense pèls a la llengua. A propòsit del difunt General President, en Manuel Callado Crespo va declarar:

–Aquest imbècil ha mort de la mà designada.

–¿I això què vol dir?– va preguntar en Pereira, que pasaba per allà i no ho hauria hagut de sentir.

–Vol dir que aquest imbècil estava avisat, senyor president.

–¿I qui l'havia avisat, si ni jo mateix no sabia que el mataria, dos segons abans de prèmer el gallet?

–La Mae Branca –va respondre en Callado–. Però aquest imbècil no sabia ni llegir ni escoltar.

–¿Què dirà de mí, quan m'hagi mort, Callado? –va preguntar de passada en Pereira.

–*El que m’hagi inspirat la seva vida, senyor president, i vostè farà el mateix amb mi, si ve al meu enterrament. Això no és malparlar. El General era... ¿Li ha vist l’uniforme? No, de debò, era un imbècil, és el resum de la seva vida; gairebé ho dic amb tendresa.*

Bien, las relaciones entre Manuel y el viejo general (que murió en la cama) aparecen en otras muchas partes del libro. Dejémoslo aquí porque se trataba de comprobar que Manuel se ha convertido en un personaje literario y, además, en un personaje que traduce a su propio personaje, al personaje que *es* él mismo. Lo cual debe de suponer un grado postextremo de complejidad psicoanalítica.

En fin, ya como autor le he publicado, además, un libro del que ni siquiera se entiende el título, el libro que más desespera a todos los vendedores de nuestra editorial. Porque se llama *Gbe meho-Kuto meho*, ¡y así no hay forma! Por lo tanto, todos lo llaman «el africano», y santas Pascuas. Es un libro de aforismos que recoge las palabras de vida y las palabras de muerte el antiguo Dahomey, donde hace ya tiempo existía el viejo reino de Abomey. Los tradujo, pues, de la lengua fon y hay dos de ellos que, a mi entender, vienen a cuento. El uno dice: *El loro no olvida la voz del hombre* y a mí me recuerda, que Manuel me perdona, el oficio del traductor... en la última *boutade* que les dedico, porque también a mí me gusta provocar. Pero, Manuel Serrat no es en absoluto una cacatúa sino un hombre traduciendo a otros hombres. Un hombre traduciendo a personas, una persona traduciendo a otras personas; haciéndolo, además, de forma absolutamente maravillosa y con una característica peculiar: no importa que le pagues la tarifa que él exige, no importa que le des todo el tiempo que él desea, la pregunta es siempre la misma: *Daniel, el llibre és bo?*

Entonces, a lo largo de los años, creo que al final ha acabado fiándose de mí, lo que no deja de ser un error de juicio... pero ése es otro tema. Creo, eso sí, que necesita un libro que le interese, necesita un libro que le divierta, que le apasione.

Y, no por casualidad, junto a ese aforismo de la vieja lengua fon hay otro dice: *¡Ay, si pudiéramos gozar del trabajo!* Él ha conseguido gozar del trabajo, de forma clarísima y absoluta.

Y, ya sólo para terminar, voy a decirles tres tonterías más jugando con la lengua francesa. Pertenece a una generación –aunque yo sea algo más joven que Manuel– que ha visto la decadencia de la lengua francesa. Tal vez resulte molesto para el cónsul general que nos acompaña en la mesa, pero es cierto; nos educamos en el mundo francófilo, con una gran influencia de la cultura francesa y, de pronto, *en medio del camino de nuestra vida* apareció el inglés (en la vida de Manuel, no tanto, es verdad); y allí se nos instaló.

Y hemos vivido también algo más en el mundo editorial, hemos visto cómo la lengua de comunicación ha pasado a ser el inglés, cómo la lengua más traducida ha pasado a ser el inglés y cómo, además, Francia después de la *grandeur* (aquel invento de De Gaulle que, como era tan alto, se lo tenía creído enseguida) pasaba a tener mucho menos influencia en el mundo literario. Aunque ahora, probablemente, se encuentra en vías de recuperación. Es un tema que daría para mucho más y podríamos discutirlo horas y horas. Pero de todo lo mejor que se ha publicado en Francia y de todo lo mejor que se ha editado en España, las mejores traducciones son, prácticamente todas, de Manuel, las ha hecho Manuel Serrat.

Y les he anunciado que terminaría con un par de chistes malos. Uno de ellos, evidentemente, no se lo vamos a atribuir a Manuel, alude a un traductor español que, tras recibir la «Legión de

Honor», afirmó que estaba «*très content d'être décoré*» (y permítanme explicarles que, en francés, un *con décoré* es un tonto decorado). Así sucede, a veces, con los «falsos amigos» en la traducción literaria.

Luego, a lo largo de los años, he visto libros publicados con errores de traducción de todo tipo. Pues bien, a Manuel no se los he pillado nunca. Muy al contrario, le conozco, como al médico de cabecera cuando es bueno, momentos en los que dice: «Mira, la verdad es que así, a primera vista, esto no lo sé, no puedo decirlo. Pero, espera, espera que nos enteraremos». Y siempre se entera. Siempre funciona y siempre, siempre acierta. Insisto: es un gran traductor.

JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN

Los cantos de Maruyme Ducasse Crespo



JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN

(Barcelona, 1943). Es poeta, narrador y ensayista. Ha sido galardonado por dos veces, en 1981 y 1991, con el Premio Ciudad de Barcelona de Literatura en lengua castellana.

Ha sido Lecturer en las universidades de Bristol y Oxford y director de la Fundació Caixa de Catalunya. Es cofundador de la ACEC. *La ruta de Occitania. Poesía Reunida* (1972-2006), (Igitur, Montblanc, 2006) es su título más reciente.

Pretender hablar en unos pocos minutos y con un mínimo de intención analítica sobre la obra literaria de Manuel Serrat Crespo es una insensatez. Ante todo, porque no me resulta sencillo separar mi comentario como lector de una amistad mantenida a lo largo de veintitantos años (aunque fue mucho antes, en los primeros años 60 cuando él y yo nos cruzamos una y otra vez en las politizadas aulas y pasillos de la Facultad de Derecho de Barcelona, sin propiamente trabar entonces amistad, ejerciendo él de militante revolucionario clandestino y yo de sindicalista más o menos ilegal, aunque creo recordar que aquellos papeles a la hora de la verdad resultaban bastante complementarios, intercambiables y difusos). De hecho, no fue sino en 1974 cuando le descubrí como escritor culto, arrebatado, rebelde y experimental, es decir, «maldito» entre comillas –todo lo que por aquel entonces calificaba el ideal literario de muchísimos lectores y de algunos editores de nuestra generación– al publicar *El Caníbal*, obra significativamente subtitulada *Ceremonia antropofágica*, en aquellos impagables «Cuadernos Ínfimos» de Tusquets Editor en los que, desordenada y estimulante, aparecieron opúsculos de Cargenio Trías, Gombrowicz, Artaud, Nietzsche, Ronald Laing, Rafael Sender, Tristan Tzara,

Bataille, Macedonio Fernández, Enrique Vila-Matas, Cristóbal Serra o Rimbaud... A los pocos años, en 1980, él de regreso de lo que él mismo ha llamado sus viajes «iniciáticos» por la India y por África, donde para su fortuna conoció a Agnès Agboton, Manuel Serrat Crespo se incorporó a la aventura profesional y reivindicativa de la Asociación Colegial de Escritores, y debo reconocer que sus avatares fueron a veces de tal intensidad que guardo un fiel recuerdo de alguno de ellos, sobrellevados como quien dice al remo, codo con codo, con Manuel, que de los comentarios a las mutuas lecturas de nuestras producciones literarias.

Hoy, sin embargo, cuando vengo dispuesto a hablar de su obra literaria, me asalta otro tipo de dificultad, que es sencillamente la de acotar, en su caso, qué constituye exactamente su obra de creación, quiero decir cuál es el rasgo definitorio de su creación, qué diferencias deben establecerse entre su ejercicio de la escritura y el de la traducción, entre escritura para la escena y escritura para la lectura, entre ensayo y poesía, entre erudición y ficción narrativa, en definitiva entre el escritor creador de voces en la llamada realidad literaria y la cadena de voces, algunas creadas por él, pero no todas, que han ido creando en la llamada realidad real a la persona del escritor Manuel Serrat Crespo. E insisto a conciencia en la palabra *realidad*, pero sobre todo en la palabra *creación*.

Es posible que el mero hecho de plantear unas preguntas que estarían absolutamente fuera de lugar en el caso de otros escritores ya esté apuntando una línea de reflexión y sus respuestas. En la terminología del luminoso Isahia Berlin, sin duda extraída del creador del poema yámbico, Arquíloco de Paros, Manuel Serrat Crespo constituiría el caso peculiar de una raposa, curiosa, extravertida y viajera por todas las geografías del mundo y por las de los diversos registros y géneros literarios, pero de una raposa con

corazón de erizo centrípeto, de erizo que se las ingenia para atrápanos una y otra vez en las redes de una reflexión obsesiva. O, por el contrario, se trata de todo un erizo cuyo universo centrípeto, en vez de púas, eclosiona en un semicírculo de personas (máscaras), voces y géneros literarios. Y recordando ahora una fotografía del autor en África, sentado en un pequeño trono de cuyo respaldo diverge y se expande en semicírculo una hermosa e imponente estructura radial, creo que debo decantarme por esta segunda imagen de un erizo con púas irisadas y variopintas, antes que por la primera. Por cierto que la imagen del erizo me permite ya adelantar una conclusión en contra de la opinión de algún crítico literario: Serrat Crespo no es un escritor de la postmodernidad, ni su personalidad de múltiples registros es producto de ningún juego más o menos ingenioso con el lenguaje, sino de una operación originaria y antiquísima, es decir poética, en la antítesis de la postmodernidad y retroprogresivamente instalada en el futuro de la literatura, si es que la literatura tiene algún futuro en esta nueva Edad Oscura en la que ya hemos sido desembarcados.

Pues bien, si me aproximo ahora al tema desde la lectura y valoración crítica, título a título, de lo mejor y más significativo de su creación literaria, creo que habré de llegar a parecidas conclusiones. En 1974, tras una primera novela totalmente carente de sentimentalismo y autocomplacencia, las doce pesadillas y los poemas de *El Caníbal* se articulan en claro homenaje al genio anticristiano y antiburgués del elusivo Lautréamont, al que un año antes ya había homenajeado en un montaje teatral con la impagable colaboración de Fabià Puigserver.

El paso de los años puede haber sido inclemente, acaso injustamente inclemente, con toda aquella escuela de experimentación literaria y cinematográfica de la Barcelona de aquellos años, pero

los frutos de *El Caníbal* aparecerán aquí y allá en la obra futura de Manuel Serrat Crespo. El autor, por su parte, confiesa que desde hacía ya cinco años que se gana la vida como traductor literario, acaso con la inconfesada y juvenil esperanza de poder pasarse el futuro en compañía de voces por él recreadas como las de Jules Vallés, Villiers de l'Isle-Adam o de Mary Shelley: la realidad de la profesión de traductor resulta, ay, más banal que los sueños, pero el caso es que con ayuda también de la traducción empieza a trazar el mapa de una alta genealogía literaria en la que iremos rastreando rasgos familiares. En efecto, si su atinado análisis (y traducción) sobre Frankenstein es de 1971, la primera edición de su espléndida edición (estudio y traducción) de *Los Cantos de Maldoror* data de 1988.

Entre tanto, su obsesiva reflexión ducassiana sobre *el otro y lo otro* –que las buenas conciencias condenan o como máximo «toleran» sin dejar por ello de detestarlo–, su buceo en las raíces caníbales del mal en definitiva, ha originado en 1984 la versión catalana de *Anna o la venganza*, representada en 1985 y editada en su original castellano en 1988 por la Universidad de Murcia. Y es esa misma apasionada inmersión en la «alteridad» la que le induce a viajar más o menos a la aventura por tres continentes, convirtiéndose, le guste o no la palabra, en un experto, acaso en el único experto español en las culturas orales del África atlántica, tal y como queda registrado en *Abdiján*, ese ensayo, guía, diario de viaje y poema en prosa, que data de 1990, pero también en la producción dramática, todavía no editada, pero puesta en escena en el Teatro Escolapio de Pamplona, el 23 de Octubre de 2004, bajo el curioso título de *Estos parias, ¡ay dolor!, que ves ahora...* Entre tanto, nuestro autor ha tenido un sueño visionario sobre el nombre de una mujer (*Zeegen*), una presencia que los junguianos identi-

ficarían con el «ánima» del escritor, y Serrat convierte este nombre en obsesión –una obsesión no menos profunda que la que induce a Umberto Eco a homenajear a su «ánima» encarnada en la reina Loana–, hasta que una pintora japonesa le revela que ese nombre es el de una antepasada suya que escribió sobre la obra y figura de un poeta contemporáneo suyo. Serrat Crespo sabe en el acto que aquel poeta del siglo XVII, un budista heterodoxo por su vitalismo místico, es él (Manuel Serrat Crespo), y que su voz es la suya (la de Manuel Serrat Crespo), no en el sentido de un heterónimo pessoano, sino en el del doble fantasmático del que nos hablan algunos textos gnósticos. Sabe también que su nombre es Maruyme, poemas del cual empiezan a aparecer dispersos en toda clase de textos suyos (me parece que con este *suyos* me refiero a Serrat Crespo) ya desde 1983, hasta culminar en el estudio, diario de viaje iniciático y colección de impecables y luminosos *haikús* progresivamente surgidos de las incidencias de la materia narrada, conformando todo el conjunto el entramado textual de realidad-ficción-prosa-narrativa-poesía-erudición de su más reciente creación, *Maruyme. Diario de viaje*, aparecida hace muy pocos meses.

Quienes me hayan seguido hasta aquí, tienen todo el derecho a torcer el gesto ante el desorden temático y cronológico de mi exposición. Se ha tratado, sin embargo, de la crónica de una dificultad anunciada, pues ya les advertí que la unidad generativa, es decir, poética, de la obra literaria de Manuel Serrat Crespo formaba, en su aparente dispersión de géneros, un tejido extraordinariamente desordenado y elusivo y, sin embargo, obsesivamente centrípeto: las voces de los autores analizados en los prólogos a sus traducciones al castellano pueden aparecer en un ensayo sobre otro autor, cuya voz y cuyo enigma biográfico se traslada a una prosa poética

que, a su vez, encierra un homenaje al «otro», un «otro» que también conforma la propia identidad del autor, identidad tan real en el mundo de la realidad literaria como en el de la realidad biológica regida por los misterios de la termodinámica, si se me permite la expresión. Y todos los autores citados, escrupulosamente estudiados o maliciosamente manipulados, pertenecen, decía, a una misma familia, una familia forjada en la rebeldía social y lingüística, en el rechazo a las lecturas reductoras de la realidad por parte de una racionalidad alicorta, y en la práctica chamánica y generativa de la Palabra que se impone más allá de la clasificación de géneros literarios, es decir, en la escritura del texto entendido como auténtica gnosis poética. De ahí que haya encabezado este comentario sin la menor intención de hacer una bromita postmoderna, con el título, espero que significativo, de «Los cantos de Maruyme Ducasse Crespo»...

No quiero finalizar, sin embargo, mi intervención sin un par de agridulces reflexiones sobre el contexto cultural en el cual, o a pesar del cual, Serrat Crespo ha ido produciendo su obra literaria. Agridulce porque guarda estrecha relación no sólo con lo que Serrat Crespo ha sido sino también con lo que no ha sido. En primer lugar, un importante autor dramático que, después de *Anna o la venganza*, hubiera debido insistir en el género para legítimamente codearse con Nieva y con Arrabal. Es evidente que la escena española, en castellano y en catalán, pese a la herencia de Valle, contribuyó a abortar esta vocación, al optar por darle la espalda a la tradición europea, y en especial francesa, del simbolismo y del expresionismo escénico de Schèhadé, de Adamov, de Beckett o de Ionesco, y al apostar casi siempre por el naturalismo *tout court* y el neoclasicismo de los llamados teatros nacionales y otras, lo que sin duda es más grave, al eliminar la experiencia de la palabra de

la escena de vanguardia, para sustituirla por los alaridos de toda clase de saltimbanquis y gimnastas desnudos o como mucho en calzoncillos. Y, sin embargo las limitaciones técnicas y presupuestarias que la escena impone a un texto con vocación de ser representado eran, a mi juicio, beneficiosas para el registro expresivo de nuestro autor, como demuestra la lectura de sus dos piezas dramáticas. Es muy probable que Serrat Crespo no insistiera en un género llamado a quedar inédito en el contexto de una política teatral absolutamente reaccionaria, aunque casi siempre presentada al público –como en los casos paradigmáticos de Távora o de Calixto Bieito– como renovadora y vanguardista, presionado además o sobre todo por los imperativos económicos de la vida que había elegido: quiero decir, los de sacar adelante a una familia.

Son estos imperativos los que le convierten en traductor profesional, experiencia de la que ya hemos apuntado que ha sabido extraer los mejores frutos literarios para su propia obra, pero también ejercicio profesional que le ha coartado en el tiempo y en el espacio, reduciendo sin duda el número de sus posibles títulos de creación, sin ni si quiera la esperanza de recibir por aquel agotador ejercicio ningún reconocimiento oficial de los que se generan en los círculos político-literarios de Madrid y en las antecámaras de sus Ministerios. Aunque es de justicia mencionar que, allí donde la Generalitat catalana y los jurados nacionales españoles han guardado un injusto silencio, las autoridades culturales de la República Francesa han reconocido una y otra vez la talla cultural y literaria de este destacado miembro de la francofonía.

Creo, pues, que este homenaje que le brinda a Manuel Serrat Crespo la Asociación Colegial de Escritores de Cataluña, a la que ha dedicado tanto entusiasmo y tanto esfuerzo a lo largo de tantos años, es un homenaje más que merecido, y confío en que mis

comentarios de lector de su obra hayan contribuido a situar a Manuel Serrat Crespo en el lugar que le corresponde por su originalidad e interés, y no me cabe duda de que en él ya es reconocido y de que más lo ha de ser en un futuro inmediato de este nuevo siglo.

BERNARD VALERO

To be or not to be *afrancesado*



BERNARD VALERO

(Pau, Francia, 1954). Diplomado por el Instituto de Estudios Políticos de París, ha desempeñado tareas de representación diplomática en las embajadas francesas de Irlanda, Cuba, Canada y los Estados Unidos entre otros países. De 2000 a 2003 fue portavoz adjunto del Ministerio de Asuntos Exteriores francés. En junio de 2003 fue nombrado Cónsul General de Francia en Barcelona, cargo que sigue ostentando en la actualidad.

Manuel Serrat Crespo mantuvo, desde su juventud, una singular relación con Francia.

En efecto, se apropió muy pronto de la lengua y de la cultura francesas. Y este conocimiento le permitió enriquecer su bagaje lingüístico, extender el campo de sus referencias culturales, entrar en comunicación con los vecinos franceses de su Cataluña natal, poner los fundamentos de su identidad y de su personalidad, y por fin sentirse realmente en su casa en ese vasto mundo de las ideas que, desde hace miles de años, logra que la humanidad avance.

Mucho más que el AVE o un túnel de carretera, la lengua permite la comunicación entre los hombres, el conocimiento y el respeto del otro; la lengua es un puente entre las diferencias. Manuel Serrat lo comprendió muy pronto y utilizó la lengua francesa para superar los obstáculos geográficos o para saltar las barreras que las fuerzas oscuras querían imponerle, a él y a los suyos. Utilizando el puente de la lengua francesa, Manuel Serrat no limitó su horizonte sólo a Francia. Como un navío, la lengua le ha permitido también navegar por toda Europa y descubrir África y su fascinante personalidad.

Todo esto no le pareció suficiente y quiso que el puente lingüístico fuera de doble dirección, que las palabras y las ideas circularan en ambos sentidos. Y esto es lo que no ha dejado de hacer año tras año, convirtiéndose en un traductor europeo de referencia, convirtiéndose en un «batero» entre las distintas ramas del árbol de las lenguas latinas, que es nuestra más valiosa herencia común, la que nos legaran nuestros ancestros. Nuestra responsabilidad es, hoy, transmitir a nuestros hijos esta heredad. Y es una responsabilidad exigente, individual y colectiva, que debe movilizarnos al servicio de la diversidad lingüística y contra la uniformación lingüística y cultural que algunos, ajenos a nuestro mundo mediterráneo, indiferentes a la diversidad de nuestras raíces y nuestras culturas quisieran imponernos y a la que pretenden someternos.

En la España de los años cincuenta y sesenta, y mientras su conciencia ciudadana iba despertando, Manuel Serrat comprendió que la lengua francesa le permitiría, también, apropiarse de los valores que en Francia, desde la revolución de 1789, denominamos republicanos y entre los que la libertad es, sin duda, el más valioso. Como muchos de sus compatriotas, en aquella época, hacía el viaje a Perpiñán para respirar. Tal vez vio *El último tango en París* en una sala oscura de la capital del Rosellón. Pero no cabe duda de que en cada uno de sus viajes de regreso traía, cuidadosamente ocultos en el fondo de su maleta, libros de autores franceses.

Más allá de Perpiñán, Manuel Serrat comenzaba entonces un viaje por el vasto mundo de las ideas, penetraba en los debates y tenía como compañeros de viaje a Sartre (al que conocería luego, personalmente, en París), a Camus, Malraux, Simone de Beauvoir, Gide, Montherlant y tantos otros hombres y mujeres que habían tenido la suerte y, sobre todo, el valor de mantener viva, en nombre de la libertad, la llama del pensamiento entre las tragedias que

llenaron la historia del siglo xx: el fascismo, la guerra fría, la descolonización, la aparición del Tercer Mundo en nuestras conciencias; otras tantas situaciones, otros tantos enfrentamientos que tenían todos, en común, la problemática central de la libertad. Manuel Serrat se alimentó con esos debates y recorrió ese largo camino junto a todos aquellos intelectuales franceses alentados por ideas distintas, opuestas a menudo, aunque reunidos en torno a los mismos ideales y los mismos valores.

Muy recientemente aún, en febrero de 2003, Manuel Serrat vibró (él me lo ha dicho) escuchando el discurso pronunciado en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas contra la guerra de Iraq por Dominique de Villepin y vibró no porque quien, por aquel entonces, era ministro de Asuntos Exteriores fuera francés. Vibró porque lo que el ministro francés defendía en la tribuna de las Naciones Unidas era cierta idea del mundo, cierta idea del derecho, cierta idea del concepto de legitimidad y cierta idea del papel de Europa en el mundo.

Cuando vi a Manuel Serrat, por primera vez, me sorprendió su mirada, su voz y su apretón de manos. Me vino a la cabeza de inmediato una idea: tenía ante mí a uno de los tres mosqueteros de Alejandro Dumas y, más concretamente, a Porthos, el más grande, el más batallador, el más bocazas, el más atractivo. Mis lecturas juveniles de las hazañas de D'Artagnan y sus amigos mosqueteros me vinieron de inmediato a la cabeza, y me dije que si estos personajes hubieran sido reales y si Manuel Serrat hubiera vivido en aquella época, habría sido Porthos. ¿Por qué les hablo de todo eso?, porque para mí no se trata de que Manuel Serrat sea o no «afrancesado», para mí se trata sólo de haber tenido el privilegio de conocer a un magnífico embajador de lo mejor que Cataluña es capaz de producir: un hombre generoso, abierto a todos, orgulloso

de su identidad pero cuya mirada llega muy lejos, más allá de límites y barreras, a los grandes espacios del pensamiento, de la generosidad y de la humanidad. Tal vez Manuel Serrat aprendiera un poco de todo eso en nuestro país, en Francia. Sólo él puede responder a esta pregunta.

Francia ha honrado a Manuel Serrat: es oficial de las Artes y las Letras y caballero de las Palmas Académicas. ¿Por qué tantos honores? Sencillamente para agradecer a ese catalán haber sido un magnífico «batelero» entre Francia y Cataluña, haber desempeñado, durante tantos años, el papel de puente entre las dos vertientes de los Pirineos, y también, sencillamente, para agradecerle que sea lo que es, un auténtico ciudadano del mundo, enamorado de la libertad.

Sin duda se preguntarán ustedes por qué hablo así de uno de los suyos, cuál es mi legitimidad para tomar esta noche, ante ustedes, la palabra. Tienen razón. No soy catalán, no soy escritor, no soy traductor, no soy miembro de la Asociación Colegial de Escritores de Cataluña. Soy simplemente un amigo de Manuel Serrat, un amigo francés, y me enorgullezco de ello.

Textos de
MANUEL SERRAT CRESPO

Agradecimiento

Les confesaré, así, de entrada, que he sentido siempre una invencible timidez ante los elogios, una timidez que me hace parecer torpe e, incluso, desagradecido.

Imaginen pues cómo me siento ahora, abrumado por las palabras que me han dedicado los amigos que comparten conmigo la mesa.

El tiempo apremia, lo sé, pero no quiero que mi timidez me impida hoy responderles, uno a uno, para demostrarles mi agradecimiento. Y, en primer lugar, a los compañeros de la ACEC –cuyo empeñamiento y cuyo trabajo han conseguido que escribir (o traducir literatura) no sea ya, del todo, «llorar»– y a su junta directiva, responsable de que yo ocupe hoy el lugar de homenajeado. Gracias a todos pues.

Y ahora quisiera afirmar de nuevo mi «afrancesamiento» y recordar, brevemente, que en los años oscuros de mi juventud me bastaba con cruzar la frontera francesa, por el casi familiar puente de Bourg-Madame, para sentir que un aire distinto llenaba mis pulmones; inevitablemente, desde aquellos lejanos años, el francés ha sido para mí la lengua de la cultura y de la libertad. Me gusta decir –y eso escandaliza a veces (incluso a Peter Bergsma, mi amigo batavo)– que si la lengua que predominara hoy, en vez de nuestro

sumario *yanqui*, fuera el francés, el mundo sería distinto. Porque estoy convencido de que la utilización de una lengua no supone, sólo, la elección de una herramienta para comunicarse. Estoy convencido de que, de algún modo misterioso, las luces de la Ilustración y los fulgores del surrealismo corren todavía por los recovecos de la sintaxis y la ortografía francesas. En Francia aprendí el color de las vocales y –sí, lo reconozco– la excéntrica utilización de la mantequilla. Hoy quiero agradeceréselo, en Bernard Valero, al cónsul y al amigo.

¡Volvámonos, ahora, hacia la negritud!

Tus palabras, Botsho, me han emocionado más aún si cabe, porque es cierto que me siento un africano de piel blanca y porque viví en la Costa de Marfil una de las épocas más estremecedoras de mi vida (tal vez esa «iluminación» de la que ha hablado Daniel Fernández) y que, a la vista está, más consecuencias han tenido para mí.

Pero no comparto, sin embargo, cierto pesimismo que me ha parecido entrever en alguna de tus frases. Mira, hermano, precisamente hoy, aprovechando el paripé que se ha montado con las discusiones del nuevo *Estatut* de Cataluña, he visto en el periódico un chiste que me ha parecido revelador y del todo aplicable a lo que está ocurriendo en y con el África negra. «Somos una *noción*», decía el muñeco (de Forges, creo), jugando, claro está, con el término «nación» que tantas chispas está haciendo saltar.

Pues bien, de eso se trata precisamente; África es también una *noción* que –oprimida y exprimida; mísera a veces, exuberante otras– va extendiendo sus tentáculos, va cambiando el mundo de los que se creen poderosos, apoderándose solapadamente de él.

Recuerdo ahora el rostro contrito de nuestra antigua «primera dama» asomándose a la ventana del televisor de mi casa y advir-

tiéndonos de los peligros de una inmigración, al parecer, desafiada.

«Acabarán levantando una mezquita en Montserrat», denunció... Y reconozco que estuve a punto de gritar: «¡Amén!».

África –la tuya, la mía– vencerá; y tal vez ésta sea la última chiribita de esperanza que le quede a la humanidad.

Cambiamos ahora de tercio.

Agnès, mi nocturna compañera, afirma que todos los traductores literarios están locos... y debe de ser una opinión bien fundada porque conoce a unos cuantos. Pues bien, algunos de estos orates, procedentes de toda Europa, están hoy en la sala y les agradezco que hayan querido estar aquí antes de iniciar sus trabajos en la asamblea general del Consejo Europeo que se inaugurará mañana.

Asistir a las sesiones del CEATL como representante de nuestra asociación me permitió, es cierto, advertir cómo se asemejan, prácticamente en toda Europa, los problemas de quienes nos dedicamos, como profesión, a la traducción literaria, e intentar contribuir a paliarlos; pero me dio, además, la oportunidad de conocer a algunos de los amigos que me son más queridos, de recorrer con ellos las tascas de media Europa y de probar los más insospechados (y mortíferos) licores. Peter Bergsma ha mencionado –y se lo agradezco– a Gilbert Mussy. Que éste sea mi homenaje en mi homenaje: con la muerte de Gilbert la humanidad se hizo irremediablemente más pobre. Recordar las horas que pasamos juntos me es, todavía, una inacabable lección de ternura y humor sarcástico, de rectitud y de vida.

Y será preciso, ya, iniciar la conclusión.

Es cierto que la traducción literaria me parece una labor de auténtica creación; a fin de cuentas, el escritor no hace más que

plasmar en un sistema de signos el tumulto o las reflexiones que le habitan. Traduce pues, y también él, sin duda, se traiciona, topa con esa «imposibilidad» que a menudo atenaza al traductor. Y es cierto, así mismo, que la presencia aquí de Daniel Fernández, un editor (civilizado, pero editor), puede evocar la de un lobo entre un rebaño de corderos.

Éste ha sido el juego y no estaría mal recordarle –puesto que a tiro le tengo– que las tarifas siguen siendo misérrimas. Daniel sabrá perdonármelo, no en vano –escondiéndose bajo el pseudónimo de Ángel Amable– escribió un divertidísimo manual de «urbanidad y buenos modales» en el que aprendí a no quitarme los pantalones, ante una dama, sin haber prescindido antes de los calcetines para evitar un bochornoso espectáculo.

Terminemos ya.

Cuando un poeta del calado de José Luis Giménez-Frontín habla en público de los escasos libros que yo he escrito, sólo el silencio me sirve para expresar mi agradecimiento al amigo y al escritor. Compartimos luchas y estudios universitarios cuando la vida andaba, aún, en pañales; compartimos luego afanes cuando se trató de dignificar las condiciones «laborales» de ese extraño oficio de las letras y sus palabras. Su lectura, su presencia en esta mesa han sido, para mí, un inapreciable obsequio.

Y aquí está Agnès, mi compañera (también ella es tímida ante el elogio, se está ruborizando ahora aunque ustedes no lo adviertan). Quiero agradecerle hoy su vida a mi lado, esta fiesta –para mí– que empezó cuando cruzamos juntos el mar de arena, su inacabable sensibilidad y esa «otra» mirada que tanto me ha enseñado y tanto me enseña aún.

Kunaó, Agnès; y, a todos, muchas gracias.

El color del viento

Casi no se acordaba ya del día en que sus padres lo habían llevado al monasterio.

Era un niño aún y le afeitaron la cabeza.

Era un niño aún y el superior de los monjes le llevó hasta el hombre que iba a ser su maestro.

¡Nunca antes había visto tanta belleza!

La luz del sol llenaba la celda y, con un pincel en la mano, el viejo monje mezclaba los colores con los que iba pintando una bandada de pájaros en pleno vuelo.

El muchacho supo entonces que quería ser pintor, se acercó al anciano y se sentó a sus pies.

–Aprende a mirar –le dijo éste acariciándole la cabeza–. Lo primero que ves es sólo cáscara.

Y el niño nunca olvidó aquella lección.

Casi no se acordaba ya de aquel día, porque habían pasado los meses y habían pasado los años. El muchacho se había hecho un hombre y el viejo maestro, antes de morir, le había enseñado el arte al que dedicó toda su vida.

El muchacho era ya un pintor y de sus paisajes brotaban paisajes maravillosos, flores como mariposas a punto de emprender el vuelo, árboles y riachuelos.

Por los alrededores, empezó a correr la voz: en el monasterio vivía un extraño pintor que tardaba meses y meses en terminar una sola obra. Pero cuando la pintura estaba ya lista, nada podía igualarla.

Luego, su fama fue extendiéndose, de boca en boca, hasta llegar a Edo, la capital donde el shogún Ashikaga, el jefe guerrero que gobernaba en nombre del emperador, estaba construyendo un nuevo palacio. Y los más famosos artistas del Japón fueron llamados a su corte.

Llegaron arquitectos y jardineros, escultores y artesanos que hacían hermosos objetos de laca.

También el monje fue llamado a palacio y el emperador le ordenó que pintara, en un biombo, su mejor paisaje.

Tomó sus pinceles, mezcló sus colores; recordó la roca junto al mar y el árbol retorcido por el viento que tantas veces había visto.

Y comenzó a pintar.

Allí estaban la roca y el tronco que se inclinaba por encima del abismo. Allí estaban las hojas agitadas por un viento de tormenta... y entonces, mucho después de haber comenzado su trabajo, el monje contempló la obra que sus pinceles habían creado.

Allí estaba todo como él lo recordaba. Pero no el viento. Y volvió a empezar y, cuando el palacio estaba ya terminado, cuando no quedaba allí ni un solo artista, ni un solo artesano, el monje reconoció que ni su maestro ni todos los años que había vivido le habían enseñado cómo pintar el viento.

¡Tenía que hacerlo! Huyó de palacio abandonando sus colores y sus pinceles, recordó las primeras palabras de su maestro: «Aprende a mirar, aprende a mirar», y viajó hacia la roca y el árbol que tantas veces había pintado.

Había una gruta en el acantilado desde la que podía ver el árbol, puso allí un poco de paja para que le sirviera de lecho y comenzó, de nuevo, a mirar.

El tronco gemía cuando estallaba la tormenta, las hojas se agitaban como, más abajo, se agitaban las olas del mar. A veces, el viento era sólo un soplo y las hojas se mecían despacio.

El monje miraba hasta que le dolían los ojos, y llegó la estación fría, y el calor volvió de nuevo, y de nuevo las nubes cubrieron el cielo y cayeron copos de nieve.

El monje miraba hasta que le dolían los ojos, hasta que, una mañana, creyó que el día no había llegado porque, al despertar, todo eran tinieblas. Pero salió a tientas de la gruta, sintió en su piel la calidez del sol y supo que se había quedado ciego.

Era ya un anciano, se sentó lentamente en la boca de su cueva mientras una lágrima le corría por las mejillas y, de pronto, descubrió que, por fin, había aprendido a mirar. Estaba ciego y podía ver el color del viento.

Cuando el joven monje que le llevaba la comida lo encontró ante la gruta, sonreía ya. Le acompañó entonces hasta el monasterio, le dieron una celda que, cada mañana, se llenaba de sol y, cierto día, el superior abrió la puerta, entró acompañando a un chiquillo con la cabeza afeitada y dijo:

—Éste será tu maestro.

El muchacho dio unos pasos y se sentó a los pies del viejo monje que le acarició la cabeza.

—Aprende a mirar —susurró el anciano como en un sueño—. Lo que primero ves es sólo cáscara.

Y el niño supo entonces que quería ser pintor..

He aquí, traducida por primera vez al castellano, la única narración que ha llegado hasta nosotros del *Hotarú monogatari* (los *Cuentos de la luciérnaga*), obra primeriza de ese Maruyme al que tantas horas de mi vida (y tantas páginas) he dedicado.

Mis escasos lectores conocen ya los avatares del «poeta de los ojos redondos», pero resumiré, para los demás, su casi desconocida biografía: Nacido en el Japón, a mediados del siglo xvii, de una prostituta de alto rango y un jesuita español renegado, Maruyme fue un díscolo discípulo del gran Matsuo Basho, cuya escuela frecuentó y del que le separaron sus distintos puntos de vista sobre la sabiduría y la pasión.

Su bibliografía conocida se reduce a algunos fragmentos de sus primeras narraciones y a un diario de viaje, *Naka no hosomichi* (*Sendas a los adentros*) publicado póstumamente en Osaka.



Retrato de Maruyama. Tinta china realizada por NAOKO NAKAMOTO.

Los cantos de Maldoror, Canto Cuarto

(fragmento)

Traducción de Lautrémont.

Ediciones Cátedra, Madrid, 1988.

Es un hombre o una piedra o un árbol el que se dispone a iniciar el cuarto canto. Cuando el pie resbala al pisar una rana, se experimenta una sensación de asco; pero cuando apenas se roza el cuerpo humano con la mano, la piel de los dedos se resquebraja, como las escamas de un bloque de mica roto a martillazos; y, al igual que el corazón de un tiburón, que lleva una hora muerto, palpita todavía, en cubierta, con tenaz vitalidad, nuestras entrañas se agitan de cabo a rabo, mucho tiempo después del contacto, ¡Tanto horror inspira el hombre a su propio semejante! Tal vez me engañe cuando lo digo; pero tal vez, también, diga la verdad. Conozco, concibo una enfermedad más terrible que los ojos hinchados por las largas meditaciones sobre el extraño carácter del hombre: pero estoy buscándola todavía... ¡Y no he podido encontrarla! No me creo menos inteligente que otro y, sin embargo, ¿quién se atrevería a afirmar que he tenido éxito en mis investigaciones? ¡Qué mentira brotaría de su boca! El antiguo templo de Denderah está situado a una hora y media de la orilla izquierda del Niño. Hoy, innumerables falanges de avispas se han apoderado de los canalones y las cornisas. Revolotean en torno a las columnas, como las tupidas ondas de una negra cabellera. Únicos habitantes del frío pórtico, custodian

la entrada de los vestíbulos como un derecho hereditario. Comparo el bordoneo de sus alas metálicas con el incesante choque de los témpanos, precipitándose unos contra otros, durante el deshielo de los mares polares. Pero si considero la conducta de aquel a quien la providencia dio el trono de esta tierra, los tres alerones de mi dolor dejan oír un mayor murmullo. Cuando un cometa, durante la noche, aparece de pronto en una región del cielo, tras ochenta años de ausencia, muestra a los habitantes terrestres y a los grillos su cola brillante y vaporosa. Sin duda no es consciente de tan largo viaje; no ocurre así conmigo: acodado en la cabecera de mi cama, mientras los aserrados festones de un horizonte árido y lúgubre destacan vigorosamente sobre el fondo de mi alma, me absorbo en las ensoñaciones de la compasión y me ruborizo por el hombre. Doblegado por el cierzo, el marinero, tras haber hecho su cuarto de guardia nocturno, se apresura a regresar a su hamaca: ¿por qué no se me ofrece este consuelo? La idea de que he caído, voluntariamente, tan bajo como mis semejantes y que tengo menos derecho que otro a pronunciar queja alguna sobre nuestra suerte, que permanece encadenada a la endurecida corteza de un planeta, y sobre la esencia de nuestra alma perversa, me penetra como un clavo forjado. Se han visto explosiones de grisú que han aniquilado familias enteras; pero conocieron poco tiempo la agonía porque la muerte es casi súbita entre los escombros y los gases deletéreos: ¡yo... sigo existiendo como el basalto! Tanto a la mitad como al comienzo de la vida, los ángeles se parecen a sí mismos: ¡hace ya mucho tiempo que no me parezco a mí mismo! El hombre y yo, emparedados en los límites de nuestra inteligencia, como a menudo lo está un lago en un cinturón de islas de coral, en vez de unir nuestras fuerzas respectivas para defendernos contra el azar y el infortunio, nos separamos, con los temblores del odio, tomando

dos caminos opuestos, como si nos hubiéramos herido recíprocamente con la punta de una daga. Diríase que uno comprende el desprecio que inspira al otro; impulsados por el móvil de una dignidad relativa, nos apresuramos a no inducir al error a nuestro adversario; cada uno va por su lado y no ignoro que la paz proclamada será imposible de mantener. Pues bien, ¡sea!, que mi guerra contra el hombre se eternice, ya que cada uno reconoce en el otro su propia degradación..., ya que ambos son enemigos mortales. Obtenga una victoria desastrosa o sucumba, el combate será hermoso: yo solo contra la humanidad. No utilizaré armas construidas con madera o hierro; alejaré con el pie las capas de minerales extraídos de la tierra; la sonoridad potente y seráfica del arpa será, en mis dedos, un temible talismán. El hombre, ese sublime simio, ha atravesado ya mi pecho, en más de una emboscada, con su lanza de púrpura: un soldado no muestra sus heridas por gloriosas que sean. Esta guerra terrible arrojará el dolor de ambas partes: dos amigos que intentan, con obstinación, destruirse, ¡qué drama!

[...]

*Del «síndrome K» al «complejo K».
Notas para una psicopatología
de la traducción literaria.*

Cierto es que hoy, sentado a esta mesa, no puedo evitar una sensación de incomodidad, de molestia incluso, al advertir que corro el inmenso peligro de no estar a la altura que las circunstancias exigen o, tal vez, de que mi acercamiento a los textos de Assia Djébar sea muy distinta a la que prevalece en estas «jornadas».

Me ha bastado con escuchar algunas de las contribuciones anteriormente expuestas y, sobre todo, las de mis compañeros de esta tarde, para saber que carezco de las competencias teóricas que me permitirían ofrecerles un análisis o un punto de vista crítico que estuvieran a su mismo nivel. Y sin duda hay también, en la sala, gente mucho más preparada que yo para hablar, con fundamento y erudición, de la obra de Assia Djébar.

Les confesaré pues, de entrada y para evitar confusiones, que en cuanto escucho palabras como «lexema» o «traductología» no puedo evitar que la comezón se apodere de mi cuerpo ni sufrir, poco después, un fuerte acceso de urticaria. Llegué a la traducción literaria por amor a mi lengua de cultura... y, permítanme una primera digresión, tal vez sea esta circunstancia la que primero me hizo sentir muy cercano a la literatura de Assia, a pesar de la distancia geográfica y cultural que nos separa.

Estaba diciéndoles que llegué a la traducción literaria por amor a mi lengua de cultura, el castellano, aunque la lengua materna, la lengua de las primeras dulzuras haya sido, para mí, el catalán. Nací en la sombría España de Franco, fui educado en la lengua que el dictador imponía y arrastro desde entonces –¿como Assia, quizás?– una enriquecedora esquizofrenia que me ha dado la posibilidad de beber en las fuentes del «Siglo de Oro» español sin que mis raíces abandonaran el fecundo humus de las lenguas de Oc y del «trovar clus».

Pero mi aproximación a la literatura fue una aproximación pasional, comencé a escribir, abandonados ya mis estudios universitarios, y viendo que mis derechos de autor no me permitían, ni con mucho, asegurar mi subsistencia, decidí seguir siendo un escritor «amateur» y dedicarme profesionalmente a la traducción literaria. Mi relación con la obra de Assia Djébar, por lo tanto, se asemeja a la del amante que busca, y encuentra, en la piel de una mujer su entibiada dulzura, la emoción e, incluso, la conmoción..., precisamente en los mismos rincones, en la misma «dermis» donde el dermatólogo descubre y analiza cierto enrojecimiento sintomático, unas manchitas reveladoras y un poco de acné.

Dicho esto, conocí un buen día –por encargo, ¡y bendito encargo!– los libros de Assia Djébar; fue a finales de 1994, lo recuerdo muy bien, porque al año siguiente iban a tener lugar en Barcelona unas jornadas sobre literatura no occidental, «Translit», que siguen celebrándose bianualmente. Los organizadores me pidieron entonces que tradujera al castellano unas páginas inéditas que Assia les había hecho llegar y ante las que caí fulminado por un «flechazo». Se hablaba en el texto de Cervantes, prisionero en Argel, y de la mujer que le ayudaba a huir y le acompañaba a

Castilla. Pertenecen creo –y Assia me desmentirá si no es cierto– a *Vaste est la prison*.

Las leí pues en francés –estremecido– y las vertí al castellano intentando que conservaran aquella presencia del Verbo que, a decir de Valle Inclán en su *Lámpara maravillosa*, debe ser «pentáculo y grimorio», casi un ensalmo mágico por lo tanto.

Terminado el trabajo, comencé a leerlo en voz alta, es algo que suelo hacer y que permito, creo, advertir si la traducción «se desliza», si en la lengua de llegada mantiene las características que me ha parecido descubrir en el texto original. Y aquella primera lectura me supuso una inesperada decepción.

Había en el texto castellano algo que no funcionaba, algo que me alejaba del deslumbramiento que me había producido la prosa francesa, algo que hacía cojear lamentablemente el conjunto.

Volví a leerlo pues, con más cuidado, intentando descubrir dónde podía estar mi error, un error que me parecía difícilmente explicable: no se trataba de Péric, ni de Queneau –¡esas bestias negras de los traductores!–, el texto era perfectamente comprensible, mi traducción era literal y literariamente correcta, y sin embargo...

Sólo cuando, por fin, hice una lectura en voz alta del original en francés pude descubrir lo que, a mi modo de ver, le faltaba a mi traducción, lo que me había hecho sentir insatisfecho de mi versión castellana.

Era la música.

Porque la prosa de Assia Djebar «canta» de un modo muy especial. Intenté, pues, resolver lo que me había parecido un desaguisado aferrándome a aquel aspecto «sonoro» de mi traducción, corregí y corregí hasta aproximarme a lo que aquella música verbal despertaba en mí y, más tarde, cuando inicié mi traducción de

Les nuits de Strasbourg –conociendo ya la belleza del rostro de Assia y la sensibilidad que se asoma, parpadeante, a sus ojos–, tuve muy en cuenta aquella antigua lección que reaparecía, esplendorosa, ya en las primeras frases de *Les nuits*.

Recientemente, al tener que enfrentarme a la traducción de otro escritor de origen argelino *La razzia*, de Amin Zaoui, sedentario éste, muy alejado del nomadismo que da nombre a estas jornadas, me pareció encontrar también en su prosa, solapada pero definitiva, esa misma música que tanto trabajo me había dado en Assia Djébar. Luego llegó el autor a Barcelona, para la presentación de su libro, y en nuestras conversaciones pude advertir que reivindicaba sus orígenes bereberes y afirmaba que su estilo estaba muy influido por las narraciones tradicionales que su madre le había contado en su infancia.

Tal vez sea una coincidencia, pero soy dado a la ensoñación y no pude impedirme pensar que en esa «similitud musical» (y sólo musical, quede esto bien claro) que me pareció encontrar entre *La razzia* de Zaoui y las obras de Assia Djébar –de *Loin de Medine* a *Les nuits de Strasbourg*, pasando por *L'amour, la fantasia*, *Vaste es la prison* y todas las demás– quizás pudiera hallarse el ritmo de la lengua bereber que acunó sus respectivas infancias.

No lo sé, el bereber me es del todo ajeno, pero creo, eso sí, y fervientemente, que la aproximación a la literatura de quienes se han visto, nos hemos visto, obligados, conducidos al bilingüismo desde la infancia, es distinta –inevitablemente distinta– a la de aquéllos para quienes una «mesa» fue sólo una «mesa» en los decisivos años de la niñez. El profesor Laflèche, de la Universidad de Montreal, con quien mantuve alguna correspondencia electrónica sobre mi traducción de *Les Chants de Maldoror*, afirma, en su

estudio de los hispanismos de la obra lautreamoniana, que también para Ducasse fue significativo ese bilingüismo infantil.

Lo dejaré aquí, me falta competencia, ya se lo advertí al iniciar estas palabras, pero permítanme otro inciso antes de regresar a la «música» de Assia Djebar. Durante los últimos años, por mi profesión de traductor literario, me ha sido dado entrar en contacto con una serie de autores que aportan al francés «ortodoxo» el perfume de muy lejanos horizontes y que –viviendo en el «Hexágono» o desde sus respectivos países– revitalizan una lengua literaria sobre la que pesaba a mi entender –sí, ya sé que soy injusto– la plúmbea losa del «nouveau roman». Me refiero a Sony Labou Tansi o Ahmadou Kourouma, al haitiano Leferrère o a Ken Bougoul, e, incluso, a Shan Sa que, instalada en París, parece inyectar en su francés, reciente pero cada vez más fluido, los delicados trazos de su caligrafía en una andadura verbal y estilística que no deja de sorprenderme.

Es un fenómeno comparable, a mi entender, al que vivió el polvoriento castellano de mi juventud con la irrupción –pletórica, fulgurante– de lo que nosotros conocimos como el «boom» de la literatura sudamericana. Y hasta aquí el inciso, aun creyendo que deben depositarse las mayores esperanzas en este francés que está retoñando fuera del Hexágono.

Volvamos ahora al punto donde mi camino tomó una dirección equivocada («Hors sujet», habría dicho mi anciana profesora), volvamos a la «música» que brota de la prosa de Assia Djebar y –en mi caso– a la ineludible tarea de traducir esa música, algo que exige del traductor, al mismo tiempo, el mayor rigor y, también, la mayor libertad, lo que supone –claro está– la confianza del autor.

Me dispongo a explicarles ahora, a este respecto, una fábula que ilustra lo que pretendo decir: cierta mañana, el autor despierta en su cama, en su habitación de todos los días o, mejor dicho, de

todas las noches, reconoce los cuadros de las paredes, las sillas y, a su lado, la mesilla de noche de siempre en la que descubre un libro. Toma el ejemplar, lo examina, encuentra su nombre en la portada, busca con la mirada el título y sufre, entonces, un primer sobresalto. No cabe duda, el libro es suyo; pero aunque las palabras que lo encabezan le resulten difusamente comprensibles y vagamente familiares, no puede llegar a reconocerse por completo en aquel volumen. Comienza a hojearlo luego, encuentra unas extrañas frases que no son suyas o, mejor, que no eran suyas hasta entonces, como si por la noche le hubieran brotado unas inesperadas antenas, como si las páginas de aquel texto –próximo y lejano al mismo tiempo–, que le parece suyo pero que le es ajeno, fueran unos elitros de los que hasta entonces carecía.

Sin duda han reconocido ya –«mutatis mutandi»– este despertar; es, claro está, el del señor K en *La metamorfosis* de Kafka, y nuestro autor acaba de echar una ojeada al ejemplar justificativo de la traducción –a una lengua que le es desconocida– de una de sus obras. Súbitamente, un sudor frío comienza a cubrir su frente. Se pregunta si su querida prosa conservará, en esa otra lengua, las esencias que tan caras le son, si el traductor habrá estado a la altura que su genio de escritor merece... Y empieza a sentirse muy inseguro, muy preocupado.

Nuestro autor sufre los primeros síntomas de lo que yo llamé –hace ya algún tiempo– el «síndrome K». Síntomas que se irán agravando porque, atenazado por esa angustia, nuestro autor intentará por todos los medios librarse de tan molesta inseguridad. Tal vez recurra a una de sus amistades que, por una razón u otra, conozca la lengua a la que el texto ha sido traducido y cuyo informe, tras una somera lectura, es siempre demoledor: «Mi pobre amigo, escuchará sin duda nuestro autor, te han destrozado el

libro. Su magnífico ritmo no aparece por ninguna parte, la agudeza de tus observaciones zozobra por culpa de una prosa plana, sin relieve alguno, etc.». Y al autor le parece que a su alrededor se hunde el mundo, se dirige colérico a su editor, protesta, exige explicaciones a la editorial extranjera y al infeliz traductor que intenta, en vano, tranquilizarle o defender su trabajo y, cuando el síndrome alcanza la mayor gravedad, el autor sufre entonces una «reacción mosaica», escribe decenas y decenas de páginas pontificando sobre la traducción literaria, elabora sesudas teorías y termina formulando un «decálogo del buen traductor literario» cuyo primer mandamiento dice así: «La única traducción hermosa es la traducción fiel»... Un verdadero parto de los montes, una trivialidad, una perogrullada incluso, aunque luego, ante una frase como: «*Cet gène ne me gêne pas*», por ejemplo, que Edgar Morin incluyó en sus *Demons*, uno se pregunta a qué debe ser fiel, ¿cómo mantener el retruécano salvando el significado o, más aún, si ese significado existiría sin la posibilidad del retruécano? Las grandes palabras («fidelidad», por ejemplo) y las trivialidades tienen, a veces, insospechados recovecos.

Pero para el autor víctima del «síndrome K», ésa es la menor de las preocupaciones. Sigue elaborando su decálogo y lo cierra, al estilo de Moisés, con la afirmación definitiva: «No tendrás otro Dios que el Autor». Llegados a este punto, el «síndrome K» se convierte en «complejo K» y el paciente que lo sufre no es ya el autor sino el traductor. Pero si la K del síndrome remitía a Kafka, la K del complejo es una merecida referencia a Milan Kundera, una verdadera tortura –dicen– para quienes se encargan de traducir sus obras pero –o al menos eso creo– el hombre que más tonterías y más banalidades ha escrito cuando ha pretendido teorizar sobre la traducción literaria.

Así pues, el pobre traductor que se enfrenta, por un lado, al anatema de un trabajo mal hecho y, por el otro, al decálogo kunderiano que se resume en el ya citado: «Yo soy el Autor tu Dios», va presentando los síntomas del «complejo K» que le conducen, inapelablemente, a la incapacidad profesional y al progresivo encorsetamiento de su trabajo.

Desde el punto de vista de la psicopatología, «el complejo K» es un híbrido del más castrador complejo de inferioridad, ante el brillo casi divino del autor, y del más clásico complejo de Edipo. Porque en todo traductor literario afectado por el «complejo K» alienta un amante de las letras para quien la figura del escritor al que traduce posee todos los coercitivos poderes del padre.

No es difícil advertir, pues, siguiendo la estela de don Sigmundo, que sólo asesinando la imagen del padre-autor podrá el traductor vencer su complejo, dejar atrás la adolescencia y acostarse –¡por fin, por fin!– con mamá Literatura. Y sólo entonces, también, su obra, su traducción del autor del que se trate, emprende el vuelo, abandona los castradores grilletes de la «literalidad» para que pueda florecer la literatura, el fulgor del Verbo que Valle Inclán exigía y que palpita –estremecido– en los textos de Assia Djébar.

Terminaré aquí mi intervención porque temo haberme extendido en exceso y, sobre todo, porque tal vez les haya dado la impresión de que mis referencias a la literatura de Assia –a la que siempre he traducido apasionadamente– hayan sido epidérmicas, superficiales. Pero no creo que sea así. Nunca que yo sepa y, sin duda, nunca conmigo, Assia Djébar ha padecido el «síndrome K»; y están ya muy lejos los tiempos en los que el «complejo K» me atenazaba. Me acerqué, y espero seguir acercándome a la literatura de Assia Djébar con todo el amor y todo el respeto que su prosa despertó en mí desde el inicio. Con toda la fidelidad y toda la liber-

tad, también, para conseguir levantar en otra lengua, con otras palabras, ese concierto admirable de sutileza y de profundidad que son todas y cada una de sus obras. Si he conseguido hacerles llegar sólo una migaja de esa pasión, mi inmerecida presencia en esta mesa no habrá sido vana.

INDICATIONS POUR LA TRADUCTION

«Se desliza» - «glisse»

Parpadeante - clignotante

Perogrullada - lapalissade

Don Sigmundo - chercher quelque chose du genre Messire Sigmund...

ANNEX / ANEXO

Notas bibliográficas

NOTA BIOGRÁFICA

Manuel Serrat Crespo (Barcelona, 1942) cursó en su ciudad natal estudios de Derecho –carrera que no ha ejercido–, y de arte dramático, ámbito en el que se inició como actor antes de empezar a escribir para la escena. Realizó con posterioridad largos viajes por Asia y África que culminaron con su estancia de 1974 a 1978 en Costa de Marfil, donde trabajó como profesor de español.

Desde 1965 se ha dedicado profesionalmente a la traducción literaria y ha vertido del francés al castellano más de quinientos títulos de escritores tan significativos como Lautréamont, Merimée, Balzac, Stendhal, Daudet, Bloy, Cocteau, Gubernatis, Le Clézio, Pennac o Assia Djebar, entre otros muchos.

En reconocimiento a esta tarea cultural fue nombrado Chevalier dans l'Ordre des Palmes Académiques, 1999, y Officier des Arts et des Lettres, 2003, por el gobierno de la República Francesa. Desde el año 2000 es, también, miembro de honor del CEATL (Conseil Européen des Associations des Traducteurs Littéraires)

Ha colaborado en numerosas revistas y publicado algunos estudios críticos, entre ellos los dedicados a *Los cantos de Maldoror* y al *Frankenstein* de Mary Shelley.

Está casado con la escritora beninesa Agnès Agboton.

OBRA DE CREACIÓN

Autopista 69, Picazo, Barcelona, 1969.

El caníbal, ceremonia antropofágica, Tusquets Editores, Barcelona, 1974.

Haykú, Edición de arte, Barcelona, 1983.

Anna o la Venganza, Laertes, Barcelona, 1985 y ATE, Universidad de Murcia, 1988.

Sendas del té, Ketrés, Barcelona, 1986.

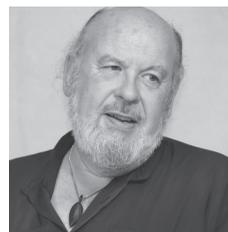
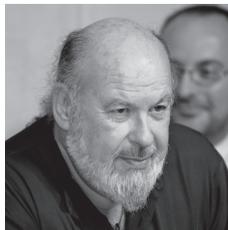
«El hermano de la sanguijuela, contribución al asesinato de la palabra» en *Los cantos de Maldoror*, Cátedra, Madrid, 1988.

Abidjan, itinerario iniciático, Destino, Barcelona, 1990.

Gbe-Meho, Kuto-Meho. Palabras de vida y palabras de muerte en el antiguo Dahomey, Edhasa, Barcelona, 2001.

Maruyme, diario de viaje, Ediciones Reverso, Barcelona, 2004.

Estos parias, ¡ay dolor!, que ves ahora..., Assaig de Teatre, Barcelona (en prensa).



Imatges de l'homenatge / Imágenes del homenaje: Col·legi de Periodistes de Catalunya.
De izquierda a derecha y de arriba abajo: los ponentes; con Peter Bersga; con Daniel Fernández; con Bernard Valero; con Jorge de Cominges y José Luis Giménez-Frontín; con Bernard Valero; con Naoko Nakamoto; Enrique Badosa y Monserrat Conill; sus hijos Dídac y Àxel con otros amigos.

CUADERNOS DE ESTUDIO Y CULTURA

1. Luis Romero: 40 años de literatura
Julio Aróstegui, José Corredor-Matheos, Jean-Jacques Fleury, Luis T. González del Valle, Joaquín Marco, Ignasi Riera, Manuel Serrat Crespo.

2. Balance de cinco años de vigencia de la Ley de Propiedad Intelectual
Enrique de Aresti, Jordi Calsamiglia, Eduardo Calvo, Alexandre Casademunt, Roc Fuentes, Federico Ibáñez, Vicenç Llorca, Ferran Mascarell, Pau Miserachs, Juan Mollá, Guillermo Orozco, Francisco Rivero, Alfonso de Salas.

3. Seminario Abierto de Literatura (Pablo García Baena, Carlos Edmundo de Ory, María Victoria Atencia)
Neus Aguado, Ángel Crespo, Jaume Pont, Adolfo Sotelo.

4. Juan Ramón Masoliver: 60 años de creación, crítica y traducción literarias
Laureano Bonet, Valentí Gómez i Oliver, Juan Antonio Masoliver Ródenas, Joaquim Molas, Teresa Navarro, Joan Perucho.

5. En torno a la obra de Ángel Crespo
Josep Maria Balcells, Bruna Cinti, José Corredor-Matheos, Didier Coste, Bruno Rosada, Joaquim Sala-Sanahuja, Andrés Sánchez Robayna.

6. El universo literario de Ana María Matute
José Agustín Goytisolo, Kjell A. Johansson, Oriol Pi de Cabanyes, Esther Tusquets.

7. Las tradiciones literarias
Neus Aguado, Vicenç Altaió, Carmen Borja, Antoni Clapés, Josefa Contijoch, Carles Hac Mor, Rodolfo Häsler, Feliu Formosa, Pilar Gómez Bedate, Rosa Lentini, Joaquim Sala-Sanahuja, Víctor Sunyol.

8. Manuel de Seabra (Liaj multaj patrioj, Sus muchas patrias, Les seves moltes pàtries, As suas muitas pátrias)
Dimitër Ángelov, August Bover i Font, Basilio Losada, Herbert Mayer, Eduardo Mayone Dias.

9-10. Pervivencia de los libros sagrados
José Antonio Antón Pacheco, Victoria Cirlet, Francisco Fortuny, Claudio Gancho, Clara Janés, Miquel de Palol.

Creatividad y literatura: una perspectiva interdisciplinar
Ramon Castán, José Corredor-Matheos, Miquel de Palol, Albert Ribas, Rosa Sender, Jorge Wagensberg.

11. Homenaje a Carmen Kurtz (1911-1999)
Javier García Sánchez, Pere Gimferrer, Ana María Moix, Assumpta Roura, Montserrat Sarto, Maruja Torres, Josep Vallverdú.

12. La traducción, un puente para la diversidad
Ricardo Campa, Paola Capriolo, Ingeborg Harms, Elisabeth Helms, Kary Kemény, Petr Koutný, José Antonio Marina, Francine Mendelaar, Olivia de Miguel, Frans Oosterholt, Daniel Pennac, Ángel Luis Pujante, Edmond Raillard, Manuel Serrat Crespo, Martine Silber, Boyd Tonkin, Fernando Valls, Gareth Walters, Beth Yahp.

13. Homenaje a Enrique Badosa
Ramón Andrés, Luisa Cotoner, José Luis Giménez-Frontín, Esteban Padrós de Palacios, Carme Riera.

14. Homenaje a Víctor Mora
Enric Bastardes, José Luis Giménez-Frontín, Josep Maria Huertas, Esteban Padrós de Palacios, Maria Lluïsa Pazos, Ignasi Riera.

15. Homenaje a Francisco Candel

David Castillo, Rai Ferrer, Eugeni Giral, Josep Maria Huertas, Maria Lluïsa Pazos, Francesc Rodon.

16. Homenaje a Sebastià Juan Arbó

Félix de Azúa, Josep Maria Castellet, Eduardo Mendoza, Joaquim Molas.

17. Tres maestros andaluces de la poesía: Alfonso Canales, Manuel Mantero, Rafael Montesinos

José Ángel Cilleruelo, José Corredor-Matheos, Pilar Gómez Bedate.

18. III Jornadas Poéticas de la ACEC

Sam Abrams, Sebastià Alzamora, Francesco Ardolino, Hèctor Bofill, Guillermo Carnero, Enric Casasses, Mariana Colomer, Manuel Forcano, Pilar Gómez Bedate, Valentí Gómez i Oliver, Joan Margarit, José María Micó, Víctor Obiols, Marta Pessarrodona, Marina Pino, Susanna Rafart, José Francisco Ruiz Casanova, Iván Tubau, Jorge Urrutia, Carlos Vitale, Esther Zarraluki.

19. IV Jornades Poètiques de l'ACEC / IV Jornadas Poéticas de la ACEC

Joan Elies Adell, Dante Bertini, Hèctor Bofill, Carmen Borja, Antoni Clapés, Meritxell Cucurella-Jorba, Bartomeu Fiol, Sergio Gaspar, David Jou, Rosa Lentini, Daniel Najmías, Cristina Peri Rossi, Míriam Reyes, José Ramón Ripoll, Màrius Sampere, Alberto Tugues, Jordi Virallonga.

20. Salvador Pániker: Homenatge / Homenaje

José Corredor-Matheos, Jorge Herralde, Beatriz de Moura, José Luis Oller-Ariño, Xavier Rubert de Ventós, Iván Tubau.

21&22. La violència de gènere a la literatura i les arts / La violencia de género en la literatura y las artes

Manuel Baldiz, Lucía D'Angelo, Manuel Delgado, León Febres-Cordero, Natalia Fernández Díaz, Sabel Gabaldón, José Luis Giménez-Frontín, José Monseny, Cristina Peri Rossi, Marta Pessarrodona, Marie-Claire Uberquoi, Javier Urra.

23. IV Centenari Quixot / IV Centenario Quijote

José Luis Giménez-Frontín, José María Micó, Carme Riera, Antonio Tello.

24. V Jornades Poètiques de l'ACEC / V Jornadas Poéticas de la ACEC

Montserrat Abelló, Anna Aguilar-Amat, Sebastià Alzamora, Ana Becciú, José Ángel Cilleruelo, Carles Duarte, Federico Gallego Ripoll, Carles Hac Mor, Clara Janés, Mario Lucarda, Antonio Méndez Rubio, Ponç Pons, Antoni Puigverd, Manuel Rico, Paolo Ruffilli, Rolando Sánchez Mejías, Teresa Shaw, Julia Uceda.

25. Javier Tomeo: Homenatge / Homenaje

Nora Catelli, Carlos Cañeque, Juan Antonio Masoliver Ródenas, Javier Tomeo. *Critiques / críticas de:* Luis Suñén, J.L. Giménez-Frontín, Leopoldo Azancot, Rafael Conte, José García Nieto, Enrique Murillo, Félix Romero, Ignacio Echevarría, J. Ernesto Ayala-Dip.

Consulteu a la secretaria de l'ACEC sobre la disponibilitat d'exemplars dels números no exhaurits. / Consulte en la secretaría de la ACEC sobre la disponibilidad de ejemplares de los números no agotados.

www.acec-web.org

secretaria@acec-web.org

